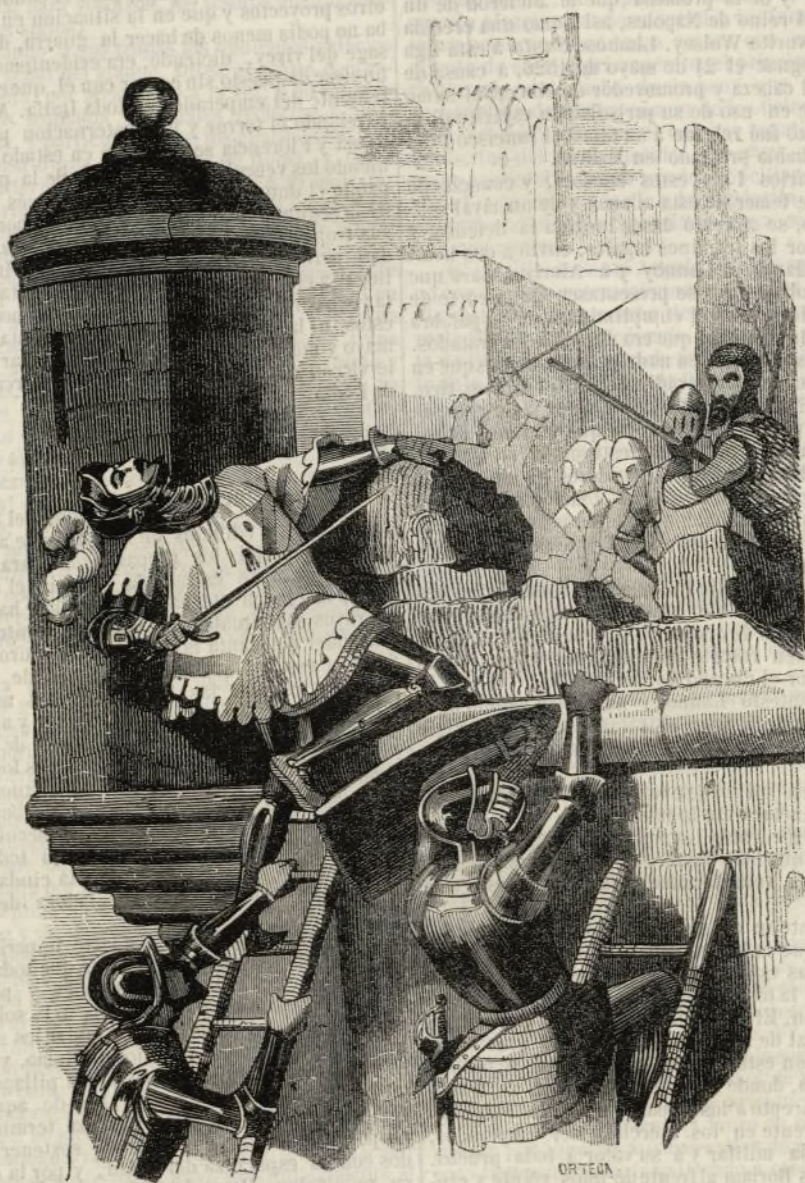


## GLORIAS DE ESPAÑA.



MUERTE DEL CONDESTABLE DE BORBON.

### ASALTO DE ROMA.

I.

Apenas el rey de Francia, Francisco I, se vió libre de la prision en que le tuvo el emperador Carlos V, despues de haberle vencido en Pavia, y así que estuvo

23 de julio de 1547.

bien lejos de la torre de Madrid, de donde salió bajo la fe de caballero, lo primero en que pensó fué, no solo en burlarse del tratado y en eludir los solemnes compromisos que habia contraído, sino en vengar hasta donde le fue se posible las humillantes afrentas que habia recibido. Para mejor lograr este designio, formó alianza con todos aquellos á quienes inquietaba la prosperidad, siempre en aumento del emperador, y con los que en aquella época mas tenían que temer de sus armas victoriosas. Entre



estos figuraba en primera línea el sumo Pontífice Clemente VII, temeroso de que las armas del César invadiesen los Estados pontificios después de la caída de los Esforcias en Milan. Siguiéron á el papa, los venecianos, y hasta el mismo rey de Inglaterra, Enrique VIII, tan irreconciliable enemigo después de la Santa Sede, hizo entonces alianza con el papa, llevado de la envidia que al César tenía, y de la promesa que le hicieron de un principado en el reino de Nápoles, así como una ercedida pensión á su favorito Wolsey. Llamóse Santa á esta liga concluida en Cognac el 21 de mayo de 1526, á causa de que el principal cabeza y promovedor de ella era el sumo pontífice, el que en uso de su jurisdicción espiritual, lo primero que hizo fué relevar á su aliado Francisco I del juramento que había prestado en Madrid.

Noticioso Carlos I de estos sucesos, y conociendo cuanto tenía que temer de esta alianza y de un rival vengativo é irritado, se aprestó desde luego á la defensa, y para proceder por los términos legales, envió á dos hombres de su confianza, á Lannoy y á Alarcon, para que en calidad de embajadores se presentasen en la corte de Francisco I, le intimasen el cumplimiento de su palabra y le recordasen la fidelidad que era debida á los tratados.

El rey de Francia, que en nada pensaba menos que en cumplirlos, discurrió para evadirse un ardid diplomático, y fué el dar audiencia delante de los embajadores españoles á unos diputados de Borgoña que vinieron á protestar contra lo que el rey había estipulado en Madrid, diciendo que había escedido los poderes de un rey de Francia, y que por último, ellos y todos los estados á quienes representaban, habían decidido perecer hasta el último, antes que someterse á tales tratados y á la dominación estrangera.

—Ya lo veis, señores, dijo Francisco I á los embajadores españoles, me es imposible cumplir lo estipulado, y en vez de ello habremos de adoptar otras condiciones, ofreciendo yo un buen rescate por mis dos hijos, y una indemnización por el ducado de Borgoña.

—Nosotros, contestó Lannoy, no hemos venido aquí para admitir restricciones á el tratado, sino para exigir su pronto y estricto cumplimiento en nombre de nuestro emperador y rey.

—Ya no está en mi mano cumplirlo. Vuestro rey en mi lugar haría exactamente lo mismo.

—Nuestro rey en vuestro lugar, replicó resueltamente Alarcon, haría lo que todo hombre de honor: cumpliría su palabra ó volvería voluntariamente á constituirse en la prisión.

Desde este punto se consideraron rotas las hostilidades, y el César que había enviado á Italia considerables refuerzos de tropas españolas y alemanas, se anticipó á sus enemigos con la toma de Milan, verificada por el condestable de Borbon. El condestable Carlos de Borbon era un antiguo general de Francisco I, que por graves disgustos que tuvo con este monarca y su familia, se pasó al servicio de España, donde aunque su carácter de transfuga no era muy acepto á los españoles, al fin logró hacerse lugar preferente en los ejércitos del emperador, gracias á su pericia militar y á su valor á toda prueba. Hallabase entonces Borbon al frente de unos veinte y cinco mil hombres de diversas naciones, aunque principalmente españoles y alemanes, y aquella heterogénea y casi indisciplinada multitud de diverso lenguaje y variadas costumbres, le inspiraba serios cuidados. Falto de viveres y de dinero, no podía satisfacer las exigencias de sus tropas sino llevándolas á pais enemigo, donde al menos tuvieron el recurso del pillage, y tanto por esto como por no tener en peligrosa inacción á aquellos hombres habituados á todos los horrores de la guerra, acogió con indecible júbilo el rompimiento de las hostilidades, apresurándose á sacar partido de las circunstancias con toda la prontitud é intrepidez de que él era capaz.

Temió el papa, así que se movieron estas tropas, el golpe que iba á caer sobre él, y se apresuró á ajustar una suspensión de armas con Lannoy, nombrado virey de Nápoles. Despachó inmediatamente Lannoy un aviso al condestable de Borbon, participándole lo acordado y aconsejándole dirigiese sus armas contra los venecianos, dejando libres los estados del papa; pero el condestable, que tenía otros proyectos y que en la situación en que se encontraba no podía menos de hacer la guerra, despreció el mensaje del virey, diciendo, era evidentemente nulo cuanto hubiese dispuesto sin contar con él, que era el único lugarteniente del emperador en toda Italia. Avanzó, pues, esparciendo el terror y la consternación por todas partes: Roma y Florencia se pusieron en estado de defensa, viniendo los venecianos al socorro de la primera y acampano el duque de Urbino y el marqués de Saluzo á vista de la segunda. El condestable de Borbon caminaba con sus tropas hacia Florencia, como amenazando á esta ciudad, pero cambió repentinamente de dirección antes de llegar á ella. Había sido esto una estratagema para ocultar sus verdaderos proyectos: nadie conoció cuales eran estos, ni la audacia de su empresa, hasta que el día 3 de mayo y mucho antes que pudieran llegar los venecianos, le vieron aparecer en la campiña y acercarse á los muros de Roma.

## II.

Iluminaba ya la primera claridad del día 6 de mayo las murallas y edificios de Roma, y se advertían en el ejército imperial los preparativos para dar el asalto. Era empresa de estremada audacia el asaltar los muros de la ciudad eterna; el pontífice había lanzado ya los rayos espirituales del Vaticano, contra los que osasen poner su planta hostil sobre los muros, y sin descuidar por eso los medios temporales de defensa, había mandado reparar las brechas de las murallas, reunir todas las tropas que le fué posible y armar á los artesanos y á los numerosos dependientes de los cardenales. No eran sin embargo, estos preparativos los que hacían tan formidable aquella morada de los antiguos Césares. Para comprender la temeraria osadía de Borbon y sus tropas, es preciso tener presente el respeto secular con que el nombre de Roma era pronunciado en todo el mundo, y la veneración en que estaba aquella ciudad, dominadora del universo, metrópoli y reguladora de todo el orbe cristiano.

El deseo de fijar el estandarte imperial de España, en lo alto del Capitolio, era mayor que todas estas consideraciones en el ánimo de los gefes y personas influyentes del ejército, y en cuanto á la soldadesca hambrienta y desordenada, al contemplar los suntuosos monumentos y soberbios edificios de Roma, ya se recreaba con la esperanza del saqueo y del pillage. El condestable de Borbon, que era el alma de aquella empresa, era también el que mas ansiaba terminarla: ella le proporcionaba por una parte el sostener á sus soldados con la esperanza del botín, y por la otra aumentar su reputación, llevando á efecto una empresa tan memorable, humillando á Lannoy, con quien no estaba muy bien avenido. También, aunque esto no pasa de ser una conjetura probable de algunos historiadores, quien sabe si él, aborrecido en Francia y mal quisto en España, trataba de establecer en Roma un poder independiente?

Por estas razones, él era de los primeros á activar las disposiciones para el asalto, y el primero que se presentó á la cabeza del ejército, con su resplandeciente armadura, sobre la que llevaba una sobreveste ó sayo de armas de estremada blancura, para ser bien visto y reconocido de amigos y enemigos.



Llegóse á las primeras columnas preparadas para el asalto, y escitó su ardor con estas palabras:

—Soldados, hoy vais á hacerlos por siempre memorables: hoy vais á terminar la serie de vuestras victorias, con un triunfo aun mas esclarecido. Marchad, pues, al asalto, y acometed con brio; para vosotros son todas las riquezas de Roma: para vosotros, los tesoros alliamontados hace tantos siglos.

Dijo, y señalando á sus tropas los opulentos palacios de Roma, dió la señal del ataque. Dióse el asalto con extraordinario ímpetu, por tres partes á la vez; y en las tres partes fueron los soldados imperiales rechazados. Los soldados del papa, y particularmente los guardias suizos, hacian una defensa digna del nombre de Roma, y como por falta de artillería no podian ser heridos ni molestados los que guarnecian las murallas, eran al fin precipitados, aplastando á sus compañeros, los primeros soldados españoles, que llegaban á lo alto de las escalas.

El condestable de Borbon, al ver cuán vigorosamente era rechazado el ataque y al notar algun desaliento en sus soldados, se arroja impaciente del caballo: toma una escala, la aplica al muro y con espada en mano trepa resueltamente, animando á los suyos con el ejemplo y con las palabras. Ya llega al borde de las almenas, ya consigue fijar el pie sobre la muralla, ya va á lanzar el primero un grito de júbilo y de victoria, cuando la bala de un mosquete ahoga la voz en su garganta é hiriéndole en la ingle, le derriba en tierra, herido de muerte.

—Muerto soy! esclama dolorosamente.

—Todavía no; contesta precipitándose á sostenerle, uno de los que mas cerca le seguian.

—Si, amigo, dijo el condestable con la mayor serenidad; mas mi muerte conviene que se oculte. Tiende una capa sobre mi cadáver, para que su vista no desanime á los soldados antes que acaben de hacerse dueños de la ciudad.

Cumplióse la última voluntad del condestable, mas no fué suficiente á impedir que la noticia de su muerte se divulgase rápidamente por todo el ejército, y ¡cosa bien singular! esta noticia que parece debía difundir el desaliento entre las tropas, sirvió por el contrario, para infundirlas un valor indomable, un furor, una sed de venganza irresistibles. Roma fué entrada á escala vista por lo mas fuerte del Burgo, entre la puerta de San Pancracio y el Belvedere, y desde aquel momento todos los horrores de una ciudad tomada por asalto se representaron con exceso en la abatida capital del orbe cristiano. Nada perdonó la soldadesca feroz y desenfrenada; el saqueo duró por mucho tiempo despues de pasado el calor del combate, y para colmo de infelicidad, los luteranos alemanes que servian en el ejército, en unos momentos de anarquía en que se ignoraba quien era el verdadero gefe á quien habia que respetar, se permitieron groseras irreverencias y sacrilegios insultos con los cardenales, las personas y los objetos consagrados al culto católico.

El papa habia esperado con mortal ansiedad el resultado del combate al pie del altar de San Pedro; mas viendo entrada la ciudad y conociendo que todo lo podia temer de aquella gente desenfrenada, huyó precipitadamente al castillo de Santo Angelo, donde á duras penas pudo refugiarse con solos trece cardenales, algunos embajadores y otras personas de las mas principales de Roma.

### III.

Cuando llegó á España la noticia del asalto y catástrofe de Roma, el emperador Carlos V, disimulando su secreta alegría, mandó suspender las funciones que se estaban celebrando en todas partes con motivo del nacimiento de su hijo primogénito, el principe don Felipe, para dar así una prueba de la pena que le causaban las desventuras del padre comun de los fieles. Esta singular demostración, así como el ordenar rogativas publicas por la libertad del sumo pontífice, libertad que estaba en su mano concederle, no se pueden conciliar con la conducta que el emperador guardó y la hipócrita diplomacia que observó con el mismo pontífice cuya situación cada vez fué mas apurada.

El castillo de Santo Angelo, adonde se habia refugiado, no era un asilo enteramente seguro para él, y allí no podia sostenerse por mucho tiempo, sin que viniese á socorrerle el ejército confederado. Llegó este con efecto á vista de Roma con intento de reconquistarla y salvar al gefe de la Iglesia. Filiberto de Chalons, principe de Orange, en quien por muerte de Borbon, habia recaído el mando del ejército imperial, y que aun no habia podido cobrar ascendiente sobre aquellas tropas abandonadas al pillage, le cobró desde el momento en que hubo enemigos con quien combatir, y dejando una parte, la mas pequeña, del ejército á vista del castillo de Santo Angelo, salió resueltamente con el resto á presentar la batalla al enemigo. El duque de Urbino, que mandaba el ejército confederado, sea que no se atreviese á medir sus armas con los imperiales, sea que quisiese satisfacer su encono contra los Médicis, se volvió con mas premura que la que habia traído, diciendo que la empresa era harto arriesgada para aventurarse en ella.

Desde entonces fué cosa segura la rendición del papa y de los que con él estaban. Habian estos respondido al principio con mucha altanería á las intimaciones de los españoles; pero entonces que tenian perdida toda esperanza y que se veian precisados á alimentarse con la carne de las caballerías que habia en el castillo, ya se avinieron á entrar en negociaciones. Impúsose, pues, al desgraciado sumo pontífice, toda la ley del vencedor y hubo de someterse á las condiciones siguientes:

Pagar cuatrocientos mil ducados para los precisos gastos del ejército.

Volver al emperador todas sus plazas fuertes.

Permanecer como en rehenes en poder de Alarcon, hasta el entero y puntual cumplimiento del tratado.

A pesar de un tratado tan ventajoso, no quedaron satisfechos ni el emperador Carlos V, ni aquellos fieros capitanes de su época. No creian incompatible, él con su título de rey Católico, y ellos con el de hombres cristianos y religiosos, el haberse traído prisionero al padre santo, ni eran tan indiferentes á el lauro de haberle paseado en triunfo por aquellas mismas calles de Madrid, por las que poco tiempo antes habian llevado á otro personage no menos ilustre, al célebre Francisco I de Francia.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.





## ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



FRANCISCO PIZARRO.

### FRANCISCO PIZARRO.

No es nuestro intento escribir la historia de los grandes hechos de este esforzado capitán, pues para esto serían necesarias muchas más páginas que las que podemos consagrar á su memoria, sería preciso escribir la historia de un vasto imperio, su descubrimiento y su conquista, no su destrucción, como ha pretendido hacerlo el célebre Marmontel, mal avenido con la gloria que supieron alcanzar en aquella empresa las armas españolas.

Muchos son los autores que más ó menos cuerdate, según les inspiraron sus pasiones y les permitió la certeza ó falsedad de los datos con que contaban, han escrito los acontecimientos principales de la conquista del Perú, teatro de las hazañas de Pizarro, á los cuales debemos acudir para bosquejar el carácter de este personaje, tan desfigurado en algunas noticias históricas extranjeras y

aun nacionales: y siendo la inalterable verdad y la escrupulosa é imparcial sinceridad cualidades esenciales en la historia, no creemos equivocarnos al dar la preferencia sobre todas á lo mucho que escribió el famoso é ilustre *Inca Garcilaso de la Vega*, en cuanto tiene relación con la reseña biográfica que nos ocupa, porque en sus noticias, aunque frecuentemente se refiere á otras autoridades, para seguir las unas veces, y otras para impugnarlas, siempre campea el sano juicio y las demás dotes que recomiendan al buen historiador.

Un vacío para nuestro propósito se nos presenta en los *Comentarios Reales de los Incas*, escritos por el varón insignie que acabamos de citar, y es que contentándose con decir que Francisco Pizarro era natural de Trujillo, no apunta el año de su nacimiento. Verdad es que no escribiendo Garcilaso la biografía de Pizarro, sino la historia general del Perú, cuyo descubrimiento se verificó teniendo aquel, que fué su *Gobernador*, más de cincuenta años, este que parece descuido pudo ser omisión



voluntaria del autor, quien por otra parte se muestra algo mas escrupuloso con respecto á individuos de menor nombradía.

Don Francisco Pizarro, marqués, andando el tiempo, de las *Charcas* y *Atavillas*, nació en la ciudad de Trujillo (Estremadura) por el año de 1480, aunque en este punto hay poca conformidad entre los historiadores. Era hijo natural de Gonzalo Pizarro, que peleó en las guerras de Italia á las órdenes del gran Gonzalo de Córdoba, y de Teresa Gonzalez, de padres conocidos y nobles: Garcilaso dice espresamente que *era de la muy ilustre sangre que hay en aquella ciudad*. Su educación fué descuidada, ó por mejor decir, no recibió educación, y su primer ejercicio el de las armas, como el mas fácil y distinguido en aquel tiempo, pero hasta el año de 1510, época en que poco mas ó menos contaba treinta años, no se le vé figurar en la historia, siendo de admirar que su fogoso temperamento, su alma intrépida, sus guerreras inclinaciones y las discordias que agitaban la Europa y parte del Nuevo Mundo, no le hubiesen proporcionado en edad mas temprana ocasiones de distinguirse.

Una de las prendas que sobresalieron en Pizarro fué la constancia y sufrimiento en los trabajos. Con efecto, era preciso que estuviese dotado de un temple de alma extraordinario, el hombre que seguido de solos trece compañeros, se atrevió á penetrar en desconocidas regiones, sin mas amparo que el del cielo, pero con esperanza de dar á sus reyes una nueva corona, aunque fuera á costa de su vida. Con ciento catorce hombres salió de Panamá el conquistador del Perú, y los trabajos y calamidades que sufrió fueron tales, que en la isla del Gallo le abandonaron casi todos los expedicionarios: solos trece correspondieron á su confianza, y con él padecieron en la Gorgona una hambre horrorosa, por no faltar al juramento que habian hecho. La historia ha calificado de *héroes* á grandes capitanes, que no poseyeron la fortaleza, ni las virtudes de Pizarro, pero si bien los valerosos hechos de armas pueden conquistar la inmortalidad, no bastan por sí solos para llegar hasta el heroísmo. Si no se hizo digno del dictado de héroe el conquistador del Perú diganlo las siguientes líneas.

«Cuando Francisco Pizarro vió que todos los suyos, sin respetar la buena compañía y hermandad que les habia hecho, estaban perplejos y mas inclinados á volverse que no á pasar adelante, por sacarlos de confusiones, y tambien por ver los que se declaraban por amigos suyos, echó mano á la espada é hizo con la punta de ella una larga raya en el suelo hacia la parte del Perú, donde le encaminaban sus deseos, y volviendo el rostro á los suyos, les dijo:—Señores; esta raya significa trabajo, hambre, sed, cansancio, heridas, enfermedades y todos los demas peligros y afanes que en esta conquista se han de pasar hasta acabar la vida: los que tuvieren ánimo de pasar por ellos y vencerlos en tan heroica demanda, pasen la raya en señal y muestra del valor de sus ánimos y en testimonio y certificación de que me serán fieles compañeros, y los que se sintieren indignos de tan gran hazaña, vuélvanse á Panamá, que yo no quiero hacer fuerza á nadie, que con los que me quedaren, aunque sean pocos, espero en Dios que para mayor honra y gloria suya y perpétua fama de los que me siguieren, nos ayudará su Eterna Magestad de manera, que no nos hagan falta los que se fueren.» (1)

Este rasgo solo es comparable con el de Hernán Cortés cuando destruyó sus propias naves. ¿Y era entonces Francisco Pizarro algun jóven impelido por la ambición á arrostrar las miserias y las privaciones? Mas de cincuenta años tenia, segun queda dicho, cuando emprendió la conquista del mas grande y rico imperio del mundo, de con-

cierto y compañía con Diego de Almagro y Hernando de Luque, y segun el imparcial historiador á quien seguimos, los dos primeros eran hombres ricos y famosos por las hazañas que en otras conquistas habian hecho, particularmente Francisco Pizarro, que habia sido capitán y teniente de gobernador, el año de 1512, en la ciudad de Uraba, cuando la conquistó y pobló él mismo con cargo de teniente general por el gobernador Alonso de Hojeda, y fué el primer capitán español que en aquella provincia hubo, donde hizo grandes hechos y pasó muchos y muy grandes afanes. Tambien se halló en el descubrimiento del mar del Sur con el famoso Vasco Núñez de Balboa, y en la conquista de Nombre de Dios y de Panamá con el gobernador Pedro Arias de Avila.

Si hemos de dar crédito á diversos historiadores, la conquista del Perú, descubierta por Perez de la Rúa en 1513, se efectuó por Pizarro en 1524 segun unos, segun Voltaire en 1527, y segun Garcilaso, que hace á nuestro héroe su descubridor y reúne en sí mismo las opiniones de Herrera, Zarate, don Alonso de Ercilla, don Pedro de Cieza, Francisco Lopez de Gomara, el padre Acosta y otros, aunque no cita época fija, dá bastante á entender que se emprendió á fines de 1530 ó principios de 1531.

Voltaire en su obra *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations et sur les principaux faits de l'histoire*, hace representar á Pizarro y á los españoles que tuvieron parte en la conquista del Perú, el odioso papel de asesinos y de traidores, y con el descaro tan conocido y tan propio de sus escritos se atreve á estampar que *Valverde besó á Atahualpa, quien inmedia amente fué ahorcado y arrojado á una hoguera*. El Inca Garcilaso, en quien el historiador francés supone temores imaginarios que no tenia motivos de abrigar, no teme decir claramente que Pizarro determinó matar á Atahualpa, mal informado por las intrigas de Felipillos, añadiendo que *lo ahogaron á un palo atado*. Siendo, pues, pura invención de Voltaire lo del beso de Valverde; lo que la muerte del Gran Inca del Perú puede probar contra Pizarro es que fué severo, mas no cruel ni injusto, pues que á Atahualpa se le formó proceso *sobre la muerte del rey Huascar, su hermano*, á quien hizo asesinar infamemente, habiéndosele probado ademas que procuraba los medios de matar á los españoles.

Pizarro fué hombre valeroso y magnánimo, hasta el extremo de olvidarse de sí mismo por atender á sus compañeros de expedición: en los pasos mas difíciles, no solo ayudaba á sus soldados, sino que llevaba en hombros á los enfermos ó heridos. Jamás le abandonó la prudencia ni la perseverancia; con la primera supo calmar siempre la irritación de los ánimos, y componer amigablemente las disensiones que mas de una vez se suscitaron entre los suyos; con la segunda, á pesar de los males y padecimientos con que le abrumó la suerte, cumplió su propósito, adornando la corona de Castilla con la perla mas brillante del Nuevo Mundo.

Fundador de Lima, La Plata, Arequipa, Pasto, Leon de Guanaco, y otras poblaciones importantísimas, tuvo que interrumpir muchas veces los incesantes trabajos á que se entregaba su genio creador, por reprimir las demasías de Diego de Almagro, hijas de la ambición y de la envidia, del que en un principio se llamó su compañero y poco despues su competidor y enemigo encarnizado. Aquellas demasías, aquella hostilidad abierta que la magnanimidad de Francisco Pizarro supo despreciar ó no quiso reprimir, porque *no se dijese que castigaba en el que fué su amigo las consecuencias de su menor fortuna*, fueron no obstante fatales al desventurado Almagro, por la crueldad que con él usó Hernando Pizarro, hermano del conquistador, quien, segun está competentemente averiguado, ninguna parte tuvo en la venganza horrible que casi en su nombre ejercieron los suyos contra el valiente, aunque traidor Diego, cuya muerte prematura, sintió el

(1) Comentarios Reales de los Incas, cap. 9.



noble conquistador de tal manera, que pronunció al saberlo estas palabras proféticas:—No saben esos miserables y mal aconsejados castellanos lo que han hecho, puesto que vengando mis injurias han adelantado el plazo de mi muerte, de modo que no me sea permitido exhalar el postrer aliento en la tierra de mis padres.

Proféticas fueron en efecto estas palabras. Muerto Diego de Almagro, á quien tenían por jefe los enemigos personales del conquistador; desterrado Hernando por su propio hermano para justificarse plenamente del crimen que aquellos le imputaban, aunque convencidos de su inocencia; se encontró en Lima el famoso Pizarro solo y á merced de las conspiraciones que en torno suyo y contra su persona pululaban. Grandes sinsabores esperimentó entonces su magnánimo corazón, pero de todos le consolaba la hermosa Inés de Huayllas Nusta, hija de Huayna Capac y hermana del Inca Atahualpa ó Atahualpa, pues en su amor encontraba el mas delicioso premio de todos los sinsabores que le costaba la conservación de su difícil gobierno, el cual atendido á las propias fuerzas y á la energía del bizarro conquistador no podía prometerse en mucho tiempo el auxilio de la metrópoli, ni aun el de otras posesiones españolas, desgarradas como el Perú por las facciones de los dominadores, quienes seducidos por las nuevas riquezas del virgen suelo americano habíanse olvidado de que habían nacido españoles, por atender demasiado á que eran hombres.

Crecía entre tanto la enemiga contra Pizarro entre los adictos envidiosos del difunto Almagro, á los cuales capitaneaba Juan de Roda con firme propósito de dar muerte al conquistador. Dos veces tuvo este á el infame Roda en su poder y dos veces le perdonó sus maquinaciones, creyendo que su blandura y generosidad desarmarían á los revoltosos en quienes solo quería ver su gran corazón, españoles extraviados por perfidos consejos, prometiéndose atraerlos á buen partido por medio de la persuasión, sin que bastasen á convencerle de que era llegado el caso de mostrarse inflexible los sanos consejos de los que bien le querían y anhelaban conservar intacto para España aquel opulento país ganado por la constancia y la paciencia del animoso Pizarro.

La insurrección española estalló al fin en la misma ciudad de Lima, hallándose Francisco Pizarro oyendo misa:

allí, delante del altar le apuñalaron traidoramente Juan de Rada y sus parciales, quienes vengaron de este modo infame con su muerte la de Diego de Almagro. Un sacerdote recogió el cadáver del insigne guerrero, lo envolvió en un lienzo blanco y le dió sepultura secreta en la iglesia, por haber llegado á su noticia de que los amotinados se disponían á volver para cortar la cabeza y pasearla en señal de triunfo por las calles.

Así pereció Francisco Pizarro, digno de esclarecida fortuna y sobre todo de mejor suerte, á la edad de sesenta y cinco años, quince despues de haber legado á la corona de Castilla fiel y valientemente un imperio que la hacía poderosa é irresistible en el continente europeo. ¿Cómo castigó la corte de Castilla el asesinato cometido, en la persona del primer gobernador del Perú? Cuestion es esta que mas pertenece á la historia que á la biografía y que nosotros nos abstenemos, por grandes y poderosas razones, de dilucidar tan política y filosóficamente como debiéramos, sino tuviésemos en cuenta los estrechos límites de que podemos disponer para dar á luz esta pobre reseña. Séanos con todo permitido dirigir una pregunta sencilla, de cuya respuesta penden consecuencias inmensas para España, á los hombres cuyos padres nacieron en su suelo, á esos hombres funestos que han precipitado á la América en un infierno de desventuras, por empeñarse en trasplantar allí las teorías políticas de la escuela filosófica del siglo XVIII: ¿teneis por injustas para el interés de España las prescripciones y los impedimentos que las leyes de Indias oponen al mando de los hijos de los conquistadores, despues que habeis visto las traiciones de que muchos de aquellos se hicieron reos?

Dos palabras mas y daremos fin á la tarea que nos hemos impuesto. Francisco Pizarro nunca fué casado, pero como hemos indicado tuvo por amiga á la bella Inés de Huayllas Nusta, la cual le dió dos hijos que se llamaron don Gonzalo y doña Francisca Pizarro: el primero falleció siendo muy niño, y la segunda transmitió á la posteridad por medio de su casamiento con su tío Hernando Pizarro, la descendencia del valiente y heroico conquistador don Francisco Pizarro. Hoy se distingue en España esta familia con el título esclarecido de *Marqueses de la Conquista*.

J. M. DE ANDUEZA.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

### LA MUERTE DE LUIS XVI. (1)

... El miércoles 20 de enero de 1795, á eso del oscurecer, llamó de pronto un hombre desconocido á la puerta del solitario albergue en que vivía un pobre sacerdote, y le intimó que le siguiese al sitio donde los ministros se reunían en consejo. Mr. de Firmon, así se llamaba el sacerdote, salió en compañía del desconocido, y así que llegó á las Tullerías, le introdujeron en el gabinete en que los ministros conferenciaban acerca de la ejecución del suplicio, ejecución de que eran responsables por orden de la Convención. Garat, filósofo dotado de sensibilidad, Lebrun, frío diplomático, y Roland, re-

(1) Extraemos este artículo de la excelente obra que está publicando Mr. de Lamartine con el título de los *Girondinos*, cuya obra nos proponemos insertar mas adelante en nuestra *Biblioteca Popular*.

publicano lleno de clemencia, que amaba á Luis XVI, no como a rey si no como á particular, hubieran querido alejar á toda costa de sus corazones, sus nombres y su memoria, la funesta comisión con que les abrumaba su destino; pero ya no era tiempo. Comparticipes de las obligaciones que pesaban sobre los girondinos, y siendo como eran rehenes de los jacobinos en el ministerio, tenían que cumplir ó pagar con la muerte su desobediencia: de suerte que su rostro, su agitación, su asombro, todo revelaba lo horroroso de su situación, conociéndose que trataban de disimularse á sí mismos el rigor, á fuerza de atenciones y compasión. Levantáronse, pues, rodearon al sacerdote, elogiaron su valor y le protegieron en el desempeño de su cometido, siendo Garat el que condujo al confesor al Templo en su carruaje. Durante el camino, desahogó su desesperación el ministro de la Convención en el seno del ministro de Dios, exclamando: «¡Dios mio, y que me hayan encargado á mí el desempeño de una comisión tan espantosa! ¡Qué hombre! añadió hablando de Luis XVI; ¡qué resignación la suya! ¡qué



«valor! En él hay una cosa sobrenatural, pues de otro modo es imposible reunir tantas fuerzas!» Temiendo luego ofender al ministro, ó que creyese ponía en duda su fé, calló el sacerdote, y sin que uno ni otro volviese a pronunciar una palabra, llegaron hasta la puerta de la torre, la cual se abrió así que Garat dió su nombre. El ministro y el confesor, atravesaron una sala llena de hombres armados, y pasaron a otra de mayores dimensiones, cuyas bóvedas, así como los deteriorados adornos arquitectónicos y las gradas de un altar derribado, demostraban que había sido una capilla profanada hacia ya mucho tiempo. Hallábanse allí reunidos en sesión doce comisarios del ayuntamiento, conociéndose en sus fisonomías y palabras que carecían absolutamente de sensibilidad y aun de pudor, y que eran unos hombres de índole brutal, incapaces de respetar á un enemigo, cualquiera que fuese el sentimiento que le aquejase, estuviera ó no condenado á muerte. Uno ó dos únicamente, mas jóvenes que los demás, hacían algunos gestos, procurando que sus compañeros no lo notasen, y cuyos gestos contestaba el sacerdote con la vista. Mientras registraban á Firmon, subió el ministro, y en seguida condujeron al sacerdote á donde se hallaba el rey, el cual se precipitó hacia él así que le vió, se lo llevó á su aposento y cerró la puerta, para disfrutar sin testigos de la presencia del hombre á quien tanto deseaba ver. El sacerdote se arrojó á las plantas de su penitente, y antes de empezar á consolarle, rompió á llorar. El rey no pudo tampoco contener sus lágrimas; y levantando al sacerdote, le dijo: «Perdonadme el que haya sido débil por un momento; habe tanto tiempo que vivo rodeado de enemigos, que me he acostumbrado á aborrecerlos, y creía que, demasiado endurecido mi corazón, no cabría en él la ternura; pero al ver á mi amigo fiel, vuelvo á ser sensible, y me enternezco á pesar mío.» Luego se encaminó con el confesor á la torre donde vivía á solas con su pensamiento, torrecilla que era una especie de celda, amueblada con una mesa, dos sillas, una estufilla como las que sirven á las familias pobres de Fayenza (1) para calentar sus casuchas, algunos libros y una imagen de maril, que representaba á Cristo enclavado en la cruz. El rey hizo que Mr. de Edgeworth se sentase, y sentándose enfrente de él al otro lado de la estufilla, le dijo: «Ahorademe demostrar el único asunto que ha de ocuparme en vida, esto es, en dejarla puro ó perdonado ante Dios, á fin de disponerme tanto yo como los míos para otra mejor...» Y diciendo estas palabras, sacó del pecho un papel, cuyo sello rompió: aquel papel era su testamento, testamento que leyó dos veces despacio, y pesando el valor de cada sílaba, para que no se escapase al espíritu investigador del ministro de Dios, á quien reconocía como á su juez, ninguno de los sentimientos que allí manifestaba. No parece sino que el rey temía, que, á pesar de la blandura con que legaba su perdón á este mundo, quedase algún resentimiento en su alma, ó se desprendiese de ella, sin saberlo, alguna reconvencción que quitase, aunque involuntariamente, á su despedida, parte de la mansedumbre y santidad que encerraba aquel documento. Por lo demás, solo se enterneció, solo corrió el llanto de sus ojos al pronunciar los nombres de la reina, su hermana ó sus hijos, viéndose bien á las claras que, domada ó amortiguada toda su sensibilidad para consigo mismo, adquiría vigor cuando nombraba á los suyos, cuando se le aparecía su imagen, ó cuando pensaba en su suerte futura, y que si vivía aun, si sufría, no era por él sino por su familia.

Así que dejó de leer, empezó á hablar libremente y con tranquilidad acerca de lo que había sucedido durante los últimos meses de su cautiverio; informóse de la suerte que había cabido á varias personas en quienes tenía puesto su cariño, entristeciéndose por las persecuciones

de los unos, alegrándose por la salvación de los otros y hablando de todos, no con la indiferencia de un hombre que va á dejar su patria para siempre, sino con la curiosidad propia del que torna á ella y pregunta por todos aquellos á quienes ha querido. Los relojes de las iglesias inmediatas anunciaban la llegada de la noche, y sin embargo de que solo le quedaban unas cuantas horas de vida, retardó el momento de ocuparse en los ejercicios religiosos para que había llamado al confesor. A las siete debía ver á su familia por última vez, y semejante idea le inquietaba mil veces mas que la del cadalso, á pesar de que deseaba llegase el momento señalado para la entrevista, por que no quería que una escena desgarradora fuese á turbar su alma cuando estaba preparándose para morir, ni que sus lágrimas se mezclasen con su sangre en el sacrificio de sí mismo que un momento después iba á ofrecer á los hombres y á Dios.

La reina y las princesas entretanto, con el oído aplicado á las ventanas, se apercibieron en aquel mismo día de que no había sido concedida la próroga, y que dentro de veinte y cuatro horas iba á verificarse la ejecución; y lo supieron por la voz de los pregoneros, que publicaban la sentencia en todos los barrios de París. Estinguida desde entonces en su alma la esperanza, solo tenían ansiedad por saber una cosa, una duda tan solo abrigaban, la de si el rey moriría sin que ellas volviesen á verle antes, abrazándole y bendiciéndole. Todos sus deseos, todas sus suplicas estaban reducidas á desahogar por última vez á sus pies la ternura que encerraban sus corazones, á oír y retener sus últimas palabras, á guardar en el fondo de su alma su postrera mirada. Así es que desde por la mañana permanecieron agrupadas, y sin pronunciar una palabra en el aposento de la reina, orando, vertiendo copioso llanto, interpretando con el corazón cualquier rumor que oían, é interrogando con la vista todos los semblantes, hasta que ya tarde supieron que por mandato de la Convención se les permitía volver á ver al rey. Esta noticia les llenó de júbilo en medio de su agonía, y se dispusieron con tiempo para aquel supremo momento, permaneciendo en pie arrimadas á la puerta, y preguntando sin cesar en ademán suplicante á los comisarios y á los carceleros, por que se figuraban que con su impaciencia, podrían apresurar el curso de las horas, y que con los latidos de sus corazones harían que las puertas se abriesen antes.

El rey por su parte, mucho mas tranquilo que ellos no se hallaba menos inquieto interiormente, porque solo había amado á una mujer, y esta mujer era su esposa; porque solo había tenido una amiga, y esta amiga era su hermana; porque sus hijos, en fin, constituían toda la delicia de su vida, y aquella ternura propia del hombre entibiada, aunque nunca estinguida en el trono, se había reconcentrado en el fondo de su alma desde que la desgracia empezó á cebarse en él, y mucho mas desde que se vió solo en la prisión! Hacia tanto tiempo que el mundo no existía para él, esceptuando el corto número de personas por quienes se multiplicaban sus temores, sus glorias y pesares! Además, con haber temido, esperado y sufrido tanto juntos, habían puesto en la mancomunidad de vida y de pensamientos mas pensamientos y mas vida, y como las lágrimas que se vierten al mismo tiempo que otros las derraman sirven de cimiento á los corazones; como unos mismos sufrimientos unen mil veces mas que unos mismos goces, aquellas cinco almas solo tenían una sensibilidad. Una cosa únicamente turbaba el júbilo que les causaba la entrevista que iban á tener: la idea de que unos carceleros presenciasen aquella escena en que debían reinar la libertad que da la desesperación y el abandono hijo de la ternura; que sus enemigos iban á contar con la vista, á saborear, y tal vez á acriminarlos latidos mas ocultos del corazón del esposo, de la esposa, del hermano, de la hermana, del padre y de la hija! Fundándose el rey en los términos en que estaba concebido el decreto

(1) Poblacion de la Provenza. N. de la R.



de la Convencion, pidió que la entrevista se verificase sin testigos, y los comisarios, responsables para con el ayuntamiento, pero que sin embargo no se atrevían á desobedecer abiertamente á la Convencion, trataron de conciliar las intenciones del decreto con el rigor de la ley, conviniendo en que la conferencia tendria lugar en el comedor; como este daba por una puerta de cristales á la habitacion en que se hallaban los comisarios, se determinó que dicha puerta estuviese cerrada, pero que los comisarios, tuvieran fija la vista en los presos por entre los cristales. De este modo, si personas extrañas profanaban con sus miradas la actitud, los gestos y las lágrimas, á lo menos serian inviolables las palabras. Poco antes de que llegase el momento en que las princesas debían bajar, dejó el rey en la torrecilla al confesor, encargándole no se presentase delante de aquellas, por temor de que al ver la reina al ministro de Dios no pensase demasiado en la muerte. De allí pasó al comedor á fin de preparar las sillas, y el espacio necesario para aquella conferencia que debía ser la última, y dijo al que le servia: «Tráe un poco de agua y un vaso.» Había en la mesa una garrafa con agua de nieve, y Clery se la enseñó, pero el rey le dijo: «Tráe agua que no sea de nieve, pues si la reina bebiese de esa podría hacerle daño.» Abrióse por fin la puerta, y la reina se presentó con su hijo de la mano, siendo la primera que se arrojó en brazos del rey: hizo luego un rápido movimiento como para arrastrarle á su aposento, á fin de que no los viesen los que estaban delante. «No, no, le dijo el rey con voz sorda sosteniendo á su esposa sobre su corazón y dirigiéndola hacia la sala, solo allí puedo verte.»

Mma. Isabel iba detrás con la princesa real, y Clery cerró la puerta: el rey obligó entonces con ternura á la reina á que se sentase en una silla á su derecha, mientras su hermana lo hacia en otra á su izquierda, y él se sentó en medio, estando tan juntas las sillas, que al inclinarse las dos princesas ceñían los hombros del rey con sus brazos y apoyaban la cabeza en su pecho. La princesa real con la frente inclinada y los cabellos esparcidos sobre las rodillas de su padre, se hallaba como prosternada sobre su cuerpo, y el delfín estaba sentado en una de las rodillas del rey, abrazándole por el cuello. Aquellas cinco personas agrupadas de semejante modo, por un instinto de ternura, y que se estrechaban convulsivamente unas en brazos de otras, escondiendo sus rostros en el pecho del rey, solo formaban á la vista un grupo de cabezas, brazos y miembros palpitantes, que se estremecían con el dolor y las caricias, y de donde salía en palabras mal articuladas, en murmullos sordos ó en sollozos que desgarraban el corazón, la desesperacion de cinco almas confundidas en una sola, para sofocar sus lamentos, prorumpir en quejidos y morir de una misma pena.

Durante mas de media hora, no pudieron sus labios pronunciar una palabra, siendo aquel un duelo en que las voces del padre, la esposa y los hijos se perdian en un gemido comun: se llamaban, se respondian, se provocaban unas á otras con sollozos que renovaban los sollozos, y se convertian por intervalos en gritos tan agudos y lastimeros que estos gritos traspasaban las puertas, las ventanas, hasta las paredes de la torre, y se oían en los barrios inmediatos. Al fin se agotaron las fuerzas, y con ellas los síntomas del dolor; secáronse en los párpados las lágrimas; las cabezas se aproximaron á las del rey como si quisieran suspender todas las almas de sus labios, y por espacio de dos horas estuvieron hablando en voz baja, interrumpiendo de vez en cuando su conversacion con besos y abrazos. Nadie oyó de fuera lo que el moribundo dijo en confianza á los que iban á sobrevivirle; el sepulcro ó los calabozos ahogaron en pocos meses el secreto con los corazones en que se encerraba; y únicamente la princesa real fué la que grabó en su memoria para revelarlo mas tarde, lo que la confianza, la política,

y la muerte pueden inspirar á la ternura de un padre, á la conciencia de un moribundo, y á las secretas intenciones de un rey. En las dos horas que duró aquella funebre conferencia, se contaron mutuamente lo que habian pensado desde que la desgracia los separó, y encargáronse repetidas veces que hiciesen á Dios el sacrificio de su venganza, si de resultados de la inconstancia de los pueblos, que constituye la fortuna de los reyes, caian en sus manos sus enemigos. Por lo demás, Luis XVI elevó su alma al cielo, arrebatado de impulsos sobrenaturales; eternecióse luego de repente, y pensó en cosas terrestres al ver á las personas á quienes amaba tanto, y cuyos brazos querian retenerle; espresó una esperanza vaga, exagerada con un embuste piadoso, á fin de moderar el dolor de la reina; se mostró enteramente resignado á ponerse en manos de Dios; hizo un voto sublime porque su vida no costase á su pueblo ni una gota de sangre; aconsejó á su hijo mas como cristiano que como rey; y todo esto entrecortado con besos, lágrimas, abrazos y plegarias, despidiéndose de un modo mas tierno de la reina; á la cual habló en voz baja. Cuando esto sucedia, no se oía fuera otra cosa que un cuchicheo amoroso y confuso; pero los comisarios miraban de vez en cuando y á hurtadillas por entre los cristales, como si quisieran decir al rey que iba trascurriendo el tiempo que debía durar la entrevista.

Así que se agotó la ternura en los corazones, así que se apuró en los ojos el raudal del llanto y faltó voz á los labios, se levantó el rey, y estrechó en sus brazos á toda su familia: la reina se arrojó á sus plantas y le suplicó permitiese que permanecieran á su lado toda aquella noche suprema; pero el rey se negó á ello por el cariño que les profesaba, cariño que gastaba la vida, y alegó el pretexto de que tambien necesitaba él algunas horas de tranquilidad, á fin de disponerse con todas sus fuerzas, para el trance del dia siguiente. Con todo, prometió á su familia, que la mandaría llamar á las ocho de la mañana, y la reina dijo:—¿Por qué éno á de ser á las siete?—Bien, contestó el rey, será á las siete.—¿Nos lo prometeis? exclamaron todos.—Os lo prometo, contestó el rey.—Cuando atravesaron el aposento, iba la reina suspendida al cuello de su marido, la princesa real ceñía al rey con sus brazos; Mma. Isabel, abrazaba el cuerpo de su hermano por el mismo lado, y el delfín sostenido en el aire por la reina, la cual le llevaba de una mano, mientras que el rey le tenia cogido de la otra, daba traspies entre las piernas de su padre, fijos el semblante y los ojos en el cielo. A medida que iban aproximándose á la puerta de la escalera, se aumentaban sus sollozos, y se desprendian unos de brazos de otros, para volver á caer en ellos, con todo el peso de su amor y su dolor, hasta que al fin retrocedió el rey unos cuantos pasos, y tendiendo desde allí los brazos á la reina: ¡Adios! ¡adios! exclamó con un gesto, una mirada, y un metal de voz que revelaban á la par, todo un pasado lleno de ternura, todo un presente lleno de angustias, todo un porvenir de eterna separacion, pero en el cual se notaba sin embargo un acento tranquilo, henchido de esperanza y de alegría religiosa, como si diese una cita vaga pero confiada, para una vida eterna.

Al oír aquel adios, la princesa se deslizo desmayada, de brazos de Mma. Isabel, y fué á caer á los pies del rey: Clery, su tia y la reina, corrieron á levantarla del suelo, y la sostuvieron arrastrándola hacia la escalera; pero aprovechándose el rey de aquel amargo trance, desapareció con las manos en los ojos volviéndose desde el umbral de la puerta de su aposento, que estaba entre abierta, y gritando por última vez: «¡Adios!...» Espiró su voz, lanzando un gemido del fondo del corazón. La puerta se cerró y se precipitó en la torrecilla, donde le aguardaba el hombre que debía consolarle. La agonía del trono habia pasado ya.

El rey se dejó caer sin fuerzas sobre una silla, y per-



maneció mucho tiempo sin poder hablar, hasta que, serenado un tanto, dijo á Edgeworth: —¡Oh! ¡qué entrevista acabo de tener! ¡Por qué ha dispuesto el cielo que quiera tanto á los míos!... ¡Ay! añadió despues de hacer una pausa, ¡Y que ellos me quieran tanto á mí!... Pero el tiempo urge, prosiguió con varonil acento; ocupémonos, en la salvacion de mi alma.—En aquel momento entró Clery, y suplicó al rey tomase algun alimento; pero este se negó á ello al principio: luego, reflexionando que necesitaba fuerzas para luchar como hombre con los preparativos, y acostumbrarse al aspecto del suplicio, consintió en comer. La comida duró cinco minutos, tomando el rey de pie, un poco de pan y vino, á la manera del viagero, que no se sienta en el camino por donde va marchando.

El sacerdote que sabia la fé con que miraba Luis XVI los sagrados misterios del cristianismo, y que queria proporcionarle el placer de que asistiese á ellos en el calabozo, preguntó entonces, si seria un consuelo para él verlos celebrar al dia siguiente, antes del amanecer, y recibir de sus manos al Dios que se hizo hombre para sufrir con nosotros, al que se convirtió en pan para sustento de las almas. Privado como se hallaba el rey hacia tanto tiempo de asistir á las ceremonias sagradas, segun lo habian hecho los principes de su raza, se conmovió de júbilo y sorpresa al pensar en lo que le decia el sacerdote, y se figuró que el Dios del Calvario, iba á visitarle á su calabozo en sus últimos momentos, como un amigo á otro amigo; pero creyó que no podria conseguir semejante favor de unos hombres tan duros é irreligiosos, como los comisarios de ayuntamiento.

Animado el sacerdote con las muestras de respeto que Garat le habia dado al saber su comision, tuvo mas confianza, y bajó á la sala á pedir autorizacion para celebrar el sacrificio divino en el aposento del rey, pidiendo tambien una hostia, vino, un misal, un cáliz y el trage sacerdotal. Sin saber que hacerlos comisarios, y temiendo por una parte negar aquel consuelo supremo á un moribundo en su hora postrera, y por otra que se les acusase de fanáticos, si permitian á su misma vista el rito de un culto repudiado, deliberaron por gran espacio de tiempo y en voz baja sobre si deberian ó no conceder la autorizacion, no faltando quien dijera al eclesiástico: «¿Y quién nos responde de que no envenenareis al sentenciado con la hostia en que le presentéis el cuerpo de su Dios? ¿Seria esta la primera vez en que se ha envenenado á un rey con una hostia?» El sacerdote desvaneciéndose las sospechas de los municipales, rogándoles proporcionasen ellos mismos el vino, la hostia, los vasos y los ornamentos de altar, y volvió á anunciar al rey la consecucion de una dicha tan inesperada.

Al Principe le pareció que penetraba en su alma el primer rayo de inmortalidad; entregóse á una profunda meditacion, se hincó de rodillas, recapitó ante Dios sobre todo lo que habia hecho, sobre todo lo que habia pensado, sobre todas las intenciones que habia tenido, y aceptó en vida, no ante la posteridad ni ante los hombres, sino á los ojos de Dios, el juicio que los reyes de Egipto solo sufrían despues de muertos. Aquel examen de conciencia y aquella acusacion de sí mismo duraron gran parte de la noche, y como Dios, siempre misericordioso, no juzga como los hombres, se levantó el rey, si no inocente, absuelto á lo menos, pues el sacerdote, que en el tribunal de la penitencia, impone á las faltas que el pecador comete la pena que tiene á bien, impuso á su penitente en espacion de sus pecados el deber de aceptar religiosamente la muerte que iba á sufrir, y el sacrificio de su sangre para lavar con ella las manchas que sobre el trono habiese podido arrojar su raza. Además prometió al rey que á la mañana siguiente le daria la comunión, para que recibiendo el cuerpo de Cristo crucificado, esperase en él; y el sentimiento de la purificacion del alma que se apodera de todo cristiano despues que confiesa, calmó los sentidos

del rey, contribuyendo á apartar su imaginacion de lo presente, la investigacion que hizo de las debilidades que habia cometido en vida. Empero como su conducta, si le consideramos como rey, era mas irreprochable en su conciencia que á los ojos del historiador, hasta en sus faltas veia buena intencion; como se sentia puro ante Dios, se tenia por inocente ante los hombres, y debia creer que la posteridad le haria justicia ni mas ni menos que Dios.

La noche estaba ya sumamente adelantada cuando el sentenciado se acostó, durmiéndose tan pronto y con tanta tranquilidad como si el venidero dia no fuese el último de su vida, y el sacerdote pasó las horas que faltaban para amanecer rezando en el aposento de Clery, que se hallaba separado del que ocupaba el rey por una division de tablas. Desde allí se oia la respiracion igual y suave del rey, como para atestiguar la profundidad de su reposo, y la regularidad de los latidos de su corazon, semejantes á los movimientos de un reloj que vá á pararse. A las cinco fué preciso despertarle, y lo primero que dijo á Clery fué: —¿Han dado ya las cinco?—En el reloj de la torre, le contestó Clery, todavia no, pero ya han dado en varias iglesias.—He dormido bien, dijo el rey, y lo necesitaba, porque ayer me cansé mucho.—Clery encendió lumbre, y ayudó á su amo á vestirse: luego preparó el altar en medio del aposento, y el sacerdote celebró el sacrificio de la misa, la cual oyó el rey hincado de rodillas y con un devocionario en la mano. Parecia que queria asociarse con el alma á todo el sentido, á todas las palabras de aquella ceremonia en que el sacerdote hace conmemoracion de la última cena, la agonía, la muerte, la resurreccion y la conversion de la carne, porque Cristo quiso ofrecerse á su padre como una victima, y que sus hermanos se alimentasen con su cuerpo. En seguida recibió á Cristo en forma de hostia consagrada, y se sintió con fuerzas para sufrir la muerte, creyendo que llevaba en su corazon la prenda divina de una vida mejor. Terminada la misa, mientras que el sacerdote se desnudaba, el rey se retiró á su torrecilla para meditar á solas; pero Clery entró á poco y le pidió de rodillas que le bendijese. Así lo hizo el rey, encargándole bendijera en su nombre á cuantos le habian mostrado cariño, y especialmente á los que, como Turgot, se habian compadecido de su cantiverio, y mitigado sus rigores. Luego se le llevó al alfeizar de la ventana, y le entregó á escondidas un sellode reloj, un paquetito que sacó del pecho, y un anillo matrimonial que se quitó del dedo, diciéndole: «Así que yo haya dejado de existir, entregareis á mi hijo este sello, y este anillo á la reina, diciéndola que me desprendo de él con sentimiento, pero que lo hago por que no quiero sea profanado al mismo tiempo que mi cuerpo... Este paquetito contiene pelo de toda mi familia, y tambien se lo entregareis. Dí á la reina, á mis caros hijos y á mi hermana, que aunque les prometi veros hoy por la mañana, he querido evitarles el sentimiento de una separacion tan cruel, renovada dos veces. Cuánto me cuesta salir de aquí sin recibir de ellos un abrazo por última vez...» Los sollozos le ahogaban; pero añadió con voz tan tierna que apenas podia pronunciar las palabras: «Te encargo que no dejes de llevarles mi adios postrero!...» Clery dejó el aposento anegado en lágrimas.

Un momento despues salió el rey de su gabinete y pidió unas tijeras para que su fiel criado le cortase el pelo, única herencia que podia dejar á su familia; pero le negaron aquella gracia. En seguida suplicó Clery á los municipales le permitieran acompañar á su amo para desnudarle en el cadalso, á fin de que las manos de un criado compasivo hiciesen lo que iban á hacer las infamantes del verdugo; pero uno de los comisarios respondió: «El verdugo es bastante bueno para eso.» El rey al oír esto se volvió á su aposento.

Cuando entró en la torrecilla su confesor, le encon-



tró calentándose junto á la estufa, y reflexionando al parecer con amargo regocijo sobre el fin que iban á tener sus tribulaciones. «Dios mío! exclamó el rey, ¡cuán feliz soy por haber conservado la fé en el trono! ¿dónde estaría hoy si me faltara esa esperanza? Si, ¡en el cielo hay un juez incorruptible que sabrá hacerme la justicia que los hombres no quieren hacerme en la tierra!»

La luz del día empezaba á penetrar en la torre por entre los barrotes de hierro y las tablas que ocultaban el resplandor del cielo; y se oía perfectamente el ruido de los tambores que llamaban á las armas á los ciudadanos por todos los barrios, las pisadas de los caballos de la gendarmería, y el rechinar de las ruedas de los cañones y carros matos que iban colocando en los patios del Temple. El rey escuchó aquel rumor con indiferencia, y dijo al confesor: «Sin duda alguna se estará ya reuniendo la guardia nacional.» Algunos momentos después, oyó resonar en el empedrado las herraduras de un cuerpo de caballería, y á los oficiales mandar formar los escuadrones en batalla, y dijo anudando la conversacion que había interrumpido: «Ya se acercan.» Sin impaciencia ni temor, como el hombre que llega primero á una cita y á quien hacen aguardar, esperó mucho tiempo, no sin que en las dos horas que transcurrieron así, fueran á llamar repetidas veces á la puerta de su gabinete bajo diversos pretextos. Cada vez que esto sucedía, creía el confesor que había llegado la hora suprema, y el rey se levantaba sin turbarse; iba á abrir la puerta, respondía y volvía á sentarse. A las nueve suenan en la escalera pasos de hombres armados, abrense las puertas con estrépito, y se presenta Santerre acompañado de doce municipales, y á la cabeza de diez gendarmes, á quienes forma en dos filas. Al oír el rey aquel ruido, entreabre la puerta de su gabinete, y dice á Santerre con voz entera, é imperiosa actitud: «Sin duda venís á buscarme; esperadme ahí, y dentro de un instante me pondré á vuestra disposición.» Señala con el dedo el umbral de su aposento, cierra la puerta y vuelve á arrojarse á los pies del sacerdote, diciéndole: «Todo se acabó, padre; bendecidme por última vez, y pedid á Dios que me sostenga hasta el fin.» Levántase en seguida, abre la puerta, sale con frente serena, y se adelanta por entre la doble fila de gendarmes, llevando grabada en sus facciones la magestad de la muerte. Luego se dirige á un municipal que se halla en frente de él, y le dice presentándole el testamento que tenía en la mano: «Os ruego entreguéis este papel á la reina!!!» Por un movimiento de asombro que hicieron aquellos republicanos al oír la palabra *reina*, comprendió que se había equivocado, y prosiguió reponiéndose: «A mi esposa.» El municipal retrocede, diciendo con aspereza: «Yo no tengo que ver con eso; solo he venido aquí para conducirlos al cadalso.» Aquel municipal se llamaba Santiago Roux, y era un sacerdote secularizado que, al mismo tiempo que de sus hábitos, se había despojado de la caridad. «Es muy justo, dijo el rey en voz baja, visiblemente contristado, y mirando luego todos los semblantes, se volvió hacia el que tenía mejor espresion, esto es, al que le parecía tendría un corazón menos cruel que los demás, y le dijo: «Os ruego que entreguéis este papel á mi esposa; si queréis podeis leerlo, pues la municipalidad debe estar enterada de algunas de las disposiciones que contiene.» El municipal, que se llamaba Gobeau, tomó el testamento con consentimiento de sus colegas.

Temiendo Clery, como el ayuda de cámara de Carlos I, que si su amo tiraba de frío, creyeran que le hacia temblar el cadalso, le presentó la capa; pero el rey le dijo: «No la necesito, dame únicamente el sombrero.» Al tiempo de recibirle, apretó con fuerza la mano á su fiel criado como despidiéndose de él, y volviéndose luego hacia Santerre, le miró cara á cara, y le dijo en tono imperioso: «Marchemon!»

Parecía que Santerre y el piquete que llevaba á sus órdenes, no escoltaban sino que seguían al rey, el cual bajó con paso firme la escalera de la torre. En el vestíbulo encontró al conserje, que era un tal Mathey, y el día antes le faltó al respeto, teniendo el rey que reprenderle con enfado su insolencia; adelantóse hacia él, y le dijo con cordialidad: «Mathey, ayer me mostré algo enfadado con vos, y os pido que me perdoneis un momento de mal humor.» En vez de contestar Mathey, volvió la cabeza con afectacion, y se retiró, como si fuese contagioso el contacto con el moribundo.

Al tiempo de atravesar á pie el primer patio, se volvió el rey dos veces hacia la torre, y fijó en las ventanas de la reina una mirada tan dulce, que parecía queria despedirse con toda su alma de las prendas de su corazón que dejaba en la cárcel.

En la entrada del segundo patio esperaba un coche, á cuya portezuela había dos gendarmes: uno subió antes que el rey, y se sentó en la delantera; en seguida subió este, y colocó al confesor á su izquierda, siendo el último que subió el otro gendarme. Cerrada la portezuela, arrancó el coche.

A la cabeza de los caballos iban tocando marcha sesenta tambores, y delante, detrás, á los lados del coche, marchaba un ejército ambulante, compuesto de guardias nacionales, federados, tropas de línea, caballería, gendarmería y artillería. Todo París estaba como de centinela en sus casas; el ayuntamiento había dispuesto en la órden del día que los que no formaran parte de la milicia armada no pudieran atravesar las calles que iban á parar á los baluartes, ni asomarse á las ventanas al tiempo de pasar la comitiva; y hasta los mercados habían sido despejados. Nebuloso, frío y pesado el día, era preciso estar muy cerca para ver los bosques de picas y bayonetas formados en inmóviles filas, desde la plaza de la Bastilla hasta el pie del cadalso, alzado en la plaza de la Revolución. De tiempo en tiempo iban á reforzar aquella muralla de acero destacamentos de infantería, sacados del campamento que había al pie de los muros de París, y que se presentaban con la mochila al hombro y las armas cargadas como si fuesen á entrar en batalla; los cañones, cargados con metralla y con las mechas encendidas, protegían en las principales avenidas de las calles, la línea que seguía la comitiva. En la poblacion reinaba un silencio tan profundo como el terror; nadie participaba á su vecino su modo de pensar; las fisonomías permanecían impasibles á los ojos del delator; y en los semblantes, en los gestos, en las miradas de la multitud se notaba una cosa puramente maquina, pudiéndose decir que París había abdicado su alma para temblar y obedecer.

Apenas se veía al rey, yendo como iba en el fondo del carruaje, y cubierto con las bayonetas y los sables desenvainados de la escolta; por lo demás, llevaba una casaca oscura, calzones de seda negros, chaleco blanco, medias del mismo color, y el pelo recogido con el sombrero. El ruido de los tambores, los cañones y los caballos, así como el ir en el coche los dos gendarmes, le impedían hablar con su confesor, de suerte que se limitó á pedir á Mr. Edgeworth le prestase su breviario, buscando en él con la mano y con las vista los salmos cuyos gemidos y esperanzas eran apropiados á su situacion. De este modo, tartamudeando con los labios aquellos cánticos sagrados que resonaban en su alma, dejó de oír á la gente durante todo el camino desde la cárcel hasta donde debía morir. El sacerdote rezaba á su lado, y el rostro de los gendarmes, colocados, como ya hemos dicho, enfrente de él, espresaba el asombro y admiracion que les causaba el religioso fervor del rey. Al tiempo de arrancar el coche oyéronse algunas voces pidiendo perdon entre la multitud que se hallaba agolpada á la entrada de la calle del Temple; pero murieron sin encontrar eco en el tumulto, gracias á lo comprimidos que se hallaban todos los sen-



timientos públicos. Ninguna injuria, ninguna maldición se oyó, y si se hubiera preguntado uno por uno á aquellos cien mil ciudadanos, actores ó espectadores de los funerales de un vivo, si era preciso que aquel hombre muriese solo contra todos, quizá ninguno hubiese contestado que sí; pero la desgracia y la severidad de los tiempos habian combinado de tal modo las cosas, que todos llevaban á cabo sin vacilar lo que ninguno hubiera querido realizar por sí solo. La muchedumbre, de resultas de la mútua presion que ejercia sobre sí misma, se abstenia de dejarse llevar de la compasion y el horror que le causaba lo que iba á suceder. Lo mismo ni mas ni menos acontece con una bóveda: las piedras de que se compone tienden de por sí á desprenderse y caer á tierra, pero permanecen en su sitio por la resistencia que á su caída opone la presion.

En la confluencia de las calles que van á desembocar en el baluarte, entre las puertas de San Dionisio y de San Martin, sitio en que se ensancha el camino, y donde los caballos tienen que aflojar el paso por lo pendiente que es aquel tramo, una oleada repentina detuvo por un momento la marcha, pues salieron de la calle de Beauregard siete u ocho jóvenes formados en masa, rompieron por entre la muchedumbre, desbarataron la fila, y se arrojaron al coche sable en mano y gritando: «Sigannos los que quieran salvar al rey!» Entre aquellos jóvenes se hallaba el baron de Batz, que conspiraba en busca de aventuras, y su secretario llamado Devaux, debiendo secundar aquella tentativa, y procurar despues sublevar á Paris con el apoyo de Dumouriez, otros tres mil jóvenes reclutados en secreto y armados para aquel golpe de mano. Empero viendo aquellos intrépidos conspiradores que nadie les seguia, abriéronse paso, á favor de la sorpresa y la confusion, por medio de la fila de la guardia nacional, y se perdieron en las calles inmediatas. Un destacamento de gendarmes salió en su persecucion, y prendió á algunos, que pagaron con la vida su tentativa.

La comitiva, que se habia parado, prosiguió su marcha en medio del silencio y la inmovilidad del pueblo, hasta la entrada de la calle Real que desemboca en la plaza de la Revolucion, y merced á un rayo de sol que disipó la niebla, se vió desde allí cubierta la plaza de cien mil cabezas, los regimientos de la guarnicion de Paris formando el cuadro alrededor del cadalso, los verdugos esperando á la victima, y el instrumento del suplicio alzándose sobre la muchedumbre con sus tabloncillos y sus maderos pintados de encarnado.

Aquel suplicio era la guillotina, máquina inventada en Italia, y que importó á Francia por espíritu de humanidad un médico célebre de la Asamblea Constituyente, llamado Guillotin, reemplazando desde entonces á los suplicios tan atroces como infamantes que la revolucion habia querido abolir. Además, segun el modo de pensar de los legisladores de la Asamblea Constituyente, tenia la ventaja de que con ellos no se vertia la sangre del hombre por mano y á los golpes mal seguros muchas veces de otro hombre, sino que se ejecutaba el asesinato por medio de un instrumento sin alma, insensible como la madera é infalible como el acero. A una señal del verdugo, caía el hacha, cuyo peso centuplicaban unas pesas sujetas debajo del cadalso, se deslizaba por entre dos muescas con un movimiento horizontal y perpendicular á un mismo tiempo, como el de la sierra, y separaba la cabeza del tronco tan rápida como el rayo con el peso que hacia al caer, de suerte que puede decirse que con el instrumento de que vamos hablando se suprime el dolor y el tiempo en la sensacion de la muerte. Aquel día pusieron la guillotina en medio de la plaza de la Revolucion, delante de la calle de árboles que va á parar al jardín de las Tullerías, frente al palacio de los reyes, como por burla, y en el sitio poco mas ó menos donde la fuente que está mas inmediata al Sena parece en el día querer lavar las piedras.

Las inmediaciones del cadalso, el puente de Luis XVI, los terrados de las Tullerías, los pretilos del mismo puente, los tejados de las casas de la calle Real y las ramas de los árboles de los campos Eliseos, estaban poblados de una multitud inmensa que desde el amanecer esperaba la hora del suplicio entregada á la agitacion, el tumulto y el ruido que siempre reinan en semejantes reuniones de hombres, como si aquel tropel de gentes necesitase ver por sus propios ojos la ejecucion de un rey para darle crédito. Los sitios mas inmediatos al cadalso habian sido invadidos, gracias al favor municipal y la connivencia de los comandantes de las tropas, por los sanguinarios *cordeliers*, los jacobinos y los hombres de las jornadas de setiembre, en quienes no cabia ni indecision ni piedad, y que se colocaban como testigos alrededor del cadalso, para que el suplicio se llevase á cabo, y aplaudir la régia ejecucion en nombre de la republica.

Al acercarse el coche en que iba el rey, quedóse inmóvil la muchedumbre, y el carruaje se paró á algunos pasos del cadalso, á las dos horas de haber salido de la carcel.

Cuando el rey notó que el coche no se movia, alzó la vista, que tenia fija en su libro, y como un hombre que deja de leer por un momento, se inclinó hacia su confesor y le preguntó al oido: «Hemos llegado ya?» El sacerdote contestó con una inclinacion de cabeza, y uno de los Samson, pues eran tres hermanos, y todos ellos verdugos de Paris, abrió la portezuela. Los gendarmes saltaron del carruaje; pero el rey volvió á cerrar la portezuela, y poniendo la mano derecha en la rodilla de su confesor con un gesto de proteccion, dijo á los verdugos, los gendarmes y los oficiales que se habian agolpado en torno de las ruedas: «Señores, os recomiendo este «sacerdote! cuidad de que nadie le insulte muerto yo.» Nadie contestó una palabra, y el rey quiso insistir en su recomendacion; pero uno le interrumpió diciéndole con fatídico acento: «Descuidad, que ya sabremos lo que hacer con él.» Luis se apeó, y tres ayudantes del verdugo le rodearon, queriendo desnudarle al pie del cadalso; pero él los rechazó con magestad, se quitó la casaca, el chaleco, la corbata; y se bajó la camisa hasta la cintura. Los verdugos volvieron á arrojarla sobre él, y entonces preguntó en voz baja con indignacion: «¿Qué es lo que «queréis hacer?—Ataros!» le respondieron, y ya le tenían sujetas las manos para atárselas con cordeles, cuando el rey replicó con un acento que demostraba, que se rebelaba toda la gloria de su sangre contra la ignominia: «¡Atarme! no, no; nunca lo consentiré! Haced lo que os «toca, pero renunciad al propósito de atarme, porque no «estoy dispuesto á ello.» Los verdugos insistieron, levantaron la voz, pidieron auxilio, alzaron la mano, y se prepararon para emplear la violencia, conociéndose que iba á trabarse una lucha cuerpo á cuerpo, lucha de que debia salir manchada la victima al pie del cadalso. Entonces el rey, por respeto á la dignidad de su muerte, á la tranquilidad de su último pensamiento, miró al sacerdote como pidiéndole consejo, y el consejero divino le dijo: «Señor, sufrid sin hacer resistencia este nuevo «ultraje, y con eso os pareceréis mas y mas al Dios que «vá á premiaros.» El rey alzó los ojos al cielo con una espresion que revelaba reconvenccion y mansedumbre á un mismo tiempo, y dijo: «Efectivamente se necesita el «ejemplo de todo un Dios para que yo me someta á semejante baldon!» En seguida se volvió hacia los verdugos y presentando las manos, les dijo: «Haced lo que «queráis; estoy dispuesto á apurar el cáliz, hasta las «heces!»

El sacerdote le ayudó á subir las gradas empinadas, y resbaladizas del cadalso, y el peso de su cuerpo indicaba al parecer el abatimiento de su alma; pero así que llegó á la última grada, se desasíó de manos de su confesor, atravesó con paso firme el cadalso en toda su



estension, miró al pasar el instrumento y el hacha, y volviéndose de pronto á la izquierda, frente á su palacio y hacia el lado desde donde podia verle y oírle la mayor parte de la muchedumbre allí agolpada, hizo un gesto á los tambores para que dejaran de tocar. Los tambores obedecieron maquinalmente, y Luis XVI, dijo con una voz que resonó en medio del silencio, y se oyó perfectamente al otro lado de la plaza, «¡Franceses! muero inocente de todos los crímenes de que se me acusa; pero perdono á los autores de mi muerte, y pido á Dios que la sangre que vais á verter no recaiga nunca sobre la Francia!...» Iba á continuar; pero conociendo Beaufranchet, conde de Oyat, hijo de Luis XV, y de una favorita llamada Mortisa, con-

ciendo, decimos, el gefe de E. M. de las tropas acampadas al pie de los muros de Paris que iba apoderándose de la multitud cierto estremecimiento, mandó á los tambores que tocasen. Un redoble inmenso y prolongado cubrió la voz del rey y el murmullo de la muchedumbre: entonces el sentenciado se dirigió sin ayuda de nadie y á paso lento hacia la guillotina, y se entregó á los verdugos. Mientras le ataban á la tabla fijó la vista en el sacerdote, el cual rezaba de rodillas al borde del cadalso: y no perdió un momento la fuerza vital, conservando por el contrario, toda su alma hasta el mismo instante en que la entregó á su criador por mano del verdugo. Al fin se movió la tabla, escurriéndose el hacha y la cabeza se desprendió del tronco.



LUIS XVI EN EL CADALSO.

Uno de los verdugos cogió por los cabellos la cabeza del ajusticiado, la enseñó al pueblo y roció con su sangre los bordes del cadalso, mientras que unos federados y republicanos fanáticos subían al tablado, mojaban en la sangre las puntas de los sables y las lanzas de las picas, y los blandían en el aire, gritando: «¡Viva la república!»

Tal horror causó aquella acción que el pueblo no contestó, y mas que aclamación se pareció á aquel grito á un sollozo inmenso. Las salvas de artillería fueron á decir á los barrios mas lejanos que la causa del trono habia caído al mismo tiempo que la cabeza del rey; la multitud se retiró en silencio; los restos de Luis XVI fueron conduci-



dos en un carrito cubierto al cementerio de la Magdalena, y echaron cal en la losa para que se consumiesen los huesos de la víctima de la revolucion, y los realistas no los mirasen algun dia como una reliquia. Despejadas las calles de gente, recorrieron los barrios de París anunciando la muerte del tirano y cantando el sanguinario estribillo de la *Marsellesa*, unas hordas de federados armados; pero la poblacion permaneció muda, y nadie acogió con entusiasmo aquellas demostraciones, porque el pueblo no confunde un suplicio con una victoria, y la consternacion penetró en la morada de los ciudadanos al mis-

mo tiempo que la libertad. Aun no se habia enfriado en el cadalso el cadáver del rey, y ya el pueblo dudaba de lo mismo que acababa de hacer, preguntandose con una ansiedad que se acercaba y no poco al remordimiento, si la sangre que acababa de verter era una mancha arrojada sobre la gloria de la Francia, ó el sello puesto á la libertad. Hasta la conciencia de los republicanos se alarmó á la vista de aquel cadalso, porque con la muerte del rey quedaba á la nacion un problema por resolver.

LAMARTINE.

## ESTUDIOS ANEDOTICOS.



GRUPO DE BANDIDOS, POR SALVATOR ROSA.

## EL RESCATE DEL PINTOR.

¡Qué peñasco tan escabroso! exclamaba cierto joven un día del año 1655 inclinado hácia un abismo! Sin duda en un sitio igual fué donde se vió Prometeo encadenado

en castigo de su temeridad!... Estas profundidades parecen hechas de intento para abrigo de la *furza* y de la *violencia*, esas dos divinidades que ensalzó el poeta griego. Si en algun tiempo llegara yo á emprender cualquiera de esas obras á que me siento inclinado para adquirir celebridad, y que mi nombre pase á las generaciones futuras, este monte seria mi Cáucaso: aquí hiciera



bajar al buitre que devoraba eternamente el hígado del mortal generoso cuya mano atrevida arrebató la celeste llama a los dioses.

Mientras que nuestro héroe poseído de entusiasmo se entregaba a tan poéticas reflexiones, un bandido de los Abruzzes que le había ido siguiendo, apuntándole de improviso con la carabina hizo resonar en las peñas con voz terrible, la aterradora frase de *la bolsa ó la vida*.

El jóven volvió la cabeza con la mayor indiferencia y dirigiéndose al bandido:

—La bolsa, mi buen amigo, le dijo, podeis pedirselas al último posadero del valle que se encargó de desocuparla; y en cuanto a la vida podeis tomarla si os agrada, que no tengo empeño en conservarla; pero os advierto que no os servirá gran cosa.

Pronunció estas palabras con tal amargura que el bandido descansó las armas, y á impulso sin duda de ese humano instinto que hace amigos á los que sufren, se adelantó hácia el viajero, diciendo:

—¿Con que eres desgraciado? ¿Quieres ser de los nuestros?

En aquel mismo instante llegaron otros bandidos acompañados de una muger de singular hermosura, quien se acercó al primer bandido como para cerciorarse de que no había corrido riesgo alguno.

—Notengo nada, *Marietta*; es un muchacho sin armas; algun discípulo de la escuela de pintura, porque tiene un lapiz en la mano.

—¡Nada de cuartel!! gritó acercándose un viejo, sin duda capitán de la cuadrilla, y en cuyo rostro feroz se veía trazada toda una vida de bandolero; ¡nada de cuartel! Esos pintores son espías que vienen a retratar nuestras caras para darnos á conocer al gobierno; espárcen nuestros retratos por aldeas y lugares, en términos que no podemos ir ni á la iglesia por miedo de que nos conozcan. Mil veces me han hecho perder la misa en días bien solemnes; á mí que soy cristiano viejo. ¡Nada de cuartel!

—Con todo, replicó el primer bandido; este muchacho parece desengañado del mundo. Además para llegar hasta aquí sin conocer los senderos, es preciso que sea jóven de resolución, y como acabamos de perder á Francisco en la última emboscada, que era de su misma edad, le he propuesto que se quede con nosotros.

—Gracias por el obsequio, dijo el jóven; pero no le tengo gran afición á tu oficio.

—Crei, añadió el bandido, que eras un verdadero hijo de Nápoles, y que como tal odiabas á los españoles.

—Soy en efecto hijo de Nápoles. Detesto al vírey y á los suyos, tanto ó mas que tú, y cuando suene la hora del combate no seré el último á desenvainar la espada, pero de esto á atacar, so pretexto de negocios públicos, á las personas indefensas y atentar contra su vida y sus bienes hay una gran diferencia.

—¡Cuatro balazos al punto! gritó el capitán.

El primer bandido se calló y ni una voz se alzó en defensa del jóven; solo la muger le miraba con benévola curiosidad, pero sin atreverse á abrir los labios delante de sus imperiosos dueños.

—En horabuena; matadme, dijo el jóven: solo os pido un favor, y es que antes de morir me dejeis contemplar el hermoso paisaje que debe descubrirse desde aquel lado de la Peña; quiero ver como el sol acaba de desembarazarse de la nube que lo oculta, y viene á derramar de lleno sus dorados rayos sobre nuestras cabezas: quiero admirar por última vez el sublime espectáculo de la naturaleza: ¿me privareis también de ese placer, como me quereis privar de la vida?

—No somos tan inhumanos, dijo el capitán; bien puedes adelantarte hasta el borde de la Peña, que no por eso has de escaparte, y te aconsejo que te inclines hácia el aís mo; con eso si no mueres de las balas, morirás en la

caída, no padecerás y nos ahorras el trabajo de comenzar de nuevo.

—Gracias por el aviso, replicó el jóven, y en pago de tu condescendencia te ofrezco tomar el consejo.

Diciendo esto, se adelantó hácia una plataforma que dominaba un valle inmenso, presentándose á la vista toda la magnificencia del suelo de la Italia. El primer bandolero viendo tanta serenidad y sangre fría, descansando su escopeta dijo entre dientes: «Es lastima que muera este muchacho»: los demas prepararon sus armas para hacer fuego.

—¡Oh cielos! exclamó el jóven entusiasmado al ver el sorprendente paisaje que se ofrecía á su vista; ¡cuantas maravillas! ¿Vióse nunca mas sublime espectáculo? Aquí la naturaleza ha reunido todos sus rigores; allí toda su lozania y suntuosidad. Cualquiera puede morir despues de haber contemplado este cuadro. ¡Gracias, Dios mio, gracias!

Y en medio de su religiosa admiracion, el jóven puso una rodilla en tierra.

—¡Deteneos! gritó el capitán bandido, está orando y debemos respetar su devocion.

Pero el jóven permanecia ya largo rato en la misma actitud sin levantarse.

—¿Qué diablos de letanias reza? dijo impaciente el viejo, voy á sacudirle la espalda para que acabe su rosario, y si no irá á despacharlo al otro mundo.

Acercóse en efecto al jóven, quien con un lapicero en la mano estaba copiando sobre la rodilla aquel paisaje encantador, en el que descollaba entre los matorrales una choza abandonada, puesta de un modo pintoresco en la pendiente de una colina.

No bien la vió el capitán, cuando se le escapó una exclamacion de sorpresa y de placer.

—¡Mi casa! dijo, ¡mi antigua casa!... ¡Aquella en que vi por primera vez la luz del día! la que los soldados devastaron sin objeto, por solo el placer de hacer daño! ¡Oh! amadas ruinas, pronto tambien dejareis de existir.... ¡el bribonzuelo! ¿como ha ido á entresacarla de en medio de las malezas que la ocultan!...

—Debió ser una buena habitacion, dijo con indolencia el jóven.

—¡Oh! si la hubieseis visto, prosiguió el viejo con entusiasmo, qué hermosa estaba en medio de los rosales que florecian dos veces al año, como los de Poestum! La puerta, que se abría á la parte de levante, estaba cubierta de madreselva. Era en efecto, muy risueña, muy hermosa. Mi padre vivió en ella feliz como un monarca, hasta que no pudiendo pagar los impuestos con que nos abrumaban los estrangeros, los soldados la saquearon. Mi padre pereció defendiéndose, mi madre murió de pesar, y yo privado de mi familia, hui á los montes solo, y alimentando un odio implacable á todos los hombres. Desde entonces he cometido horribles crímenes; mi corazón se ha empedernido, he visto arder impasible millares de casas, he visto correr del mismo modo arroyos de sangre, he llevado en fin, mi venganza al último estremo.... y sin embargo, no puedo contemplar esa choza arruinada, sin sentir crueles remordimientos.

El bandolero tenia sus ojos humedecidos fijos en el dibujo del pintor. Grande fué su admiracion, cuando en lugar de las ruinas vió una cabaña entre rosales con la puerta sombreada por la madreselva, todo lo cual habia trazado rápidamente la mano del jóven en el papel, mientras que el anciano se abandonaba á sus recuerdos.

—¡Eso es! ¡eso mismo! dijo con efusion, y estrechó la mano del jóven cariñosamente.

El resto de los ladrones, admirados de tan estraña escena, acudieron todos, y visto el dibujo, felicitaron al jóven por su habilidad y talento.

—No es verdad, amigos, les dijo éste, orgulloso con los elogios que le tributaban, que en estos rasgos existe la



naturaleza viva que se ha reflejado en mis ojos como en un espejo? No es cierto que yo no soy bueno para cardenal ni prelado, y que tengo el genio de un verdadero artista? Mis padres me enviaron con los religiosos de la congregación Samasca; no me quejo por ello; allí he aprendido a leer los antiguos poetas latinos; pero cuando aquellos buenos frailes, quisieron enseñarme la teología, á mi que soy pintor, poeta y músico, me despedí y marché lejos de ellos, dejándolos en paz con sus silogismos y sus disputas metafísicas. Tengo diez y ocho años, el corazón lleno de entusiasmo y de amor, y prefiero una muerte pronta á consumirme de tedio. He recorrido los montes en busca de una cima, desde la cual pueda precipitarme un día si la fortuna no me sonríe. Mi familia es pobre, mi padre, Antonio Rosa, es un artista, que no sé por qué no ha querido que trabaje á su lado, y se empeña en hacerme teólogo. He aquí lo que me obliga á recorrer las montañas, esponiéndome á las balas de vuestras escopetas, que las prefiero, sin embargo, porque son más poé-

ticas que el tabardillo, que hubiera acabado conmigo ya á estas horas, entre los religiosos de Samasca.

—Jóven, dijo el primer bandido, nada temas; nosotros te tomamos bajo nuestra protección. Aquí donde me ves, también fui yo pintor y arrojé los pinceles por la carabina, porque estoy enamorado de la hija de este valiente. ¿Ves esa mujer de fisonomía tan bella y pura como las vírgenes de Rafael? pues ella es el objeto de mi apasionado amor. Para poseerla, me hice bandido y me hubiera hecho verdugo. ¿No hubieras hecho tú lo mismo?

—Muy linda es por cierto, replicó el jóven, y capaz de hacer condenar á un santo. Su retrato será magnífico, añadió fijando sus ojos negros y espresivos en la compañera del bandido, y te lo ofrezco por mi rescate.

Los ojos de la mujer brillaron de alegría, y el viejo capitán, cuyo corazón no conservaba otras fibras sensibles que las que tenían relación con su hija y su antigua casa, se sonrió al mirarla, y dijo al jóven:

—Acepto la proposición, pero no será en calidad de



rescate, sino que cubriré de oro tu bosquejo, como presumo que han de cubrirse algún día todas tus obras, porque te pronostico un porvenir brillante.

El jóven puso manos á la obra inmediatamente y fué retratando con la mayor perfección las facciones de la hermosa mujer que tenía delante, dejando como encantados á todos los de la cuadrilla.

—Toma, le dijo el bandido, cuando hubo acabado el retrato, presentándole un bolsillo; ahí tienes doscientos escudos de oro. ¿Estas contento?

—¡Ya lo creo! exclamó el jóven lleno de alegría; los traficantes que me han comprado mis primeros bosquejos, no me tienen acostumbrado á tan alto precio. Ha sido preciso que penetre en las escabrosas sinuosidades de los



Abruzes, para hallar un estímulo en mi carrera: ¿Y de parte de quién? ... Está probado que los arcanos de la Providencia divina son inesplicables. Parto a Roma; en adelante, consagraré toda mi vida al arte, y le devolveré cuanto le debo; el arte ha sido mi salvador, y *Salvator* será el nombre con que firmaré todos mis cuadros.

—Que me place, exclamó el bandido, contemplando entusiasmado el retrato; y puedes estar seguro, de que en las generaciones futuras, ocupará un lugar distinguido en el catálogo de artistas eminentes, el nombre de *Salvator Rosa*.

*Salvator Rosa*, nació en 1615 en una aldea cerca de Nápoles, llamada *Arenella*. Su padre era apeador, y aunque quiso que estudiara leyes ó recibiese las órdenes, no pudo conseguirlo, porque murió dejándolo joven, y *Salvator* se dedicó a la pintura, que era su inclinación, recibiendo las primeras lecciones de un tío materno, muy mal pintor, llamado *Greco*. Hacia algún tiempo que trabajaba

para los prenderos de Nápoles, cuando pasó por esta ciudad el ilustre *Lanfranc*, quien juzgando de sus disposiciones por un cuadro que vió, lo animó a ir a Roma para perfeccionarse. Llegó a Roma en efecto en 1635, pero una enfermedad que contrajo, le obligó a ir a restablecerse a su país natal, de modo que tardó algunos años en volver a la patria de las bellas artes. Por mucho que fuese su mérito, era difícil sobresalir ni llamar la atención, en una época en que toda la absorbían el *Dominiquin*, *Guido*, *Albano*, *Rubens*, *Van-Dik* y otros muchos; así es, que *Salvator* tuvo que acudir a un medio injutioso, para que se ocuparan de él; aprovechando el disfraz, repartió infinitas sátiras en verso en el carnaval de 1639 y compuso el prólogo de una pieza que le valió muchos aplausos. Conocido como poeta, como pintor y músico que era también, buscaronle y festejaronle en todas partes, y su fortuna creció en proporción a su fama. Vuelto a Nápoles, se comprometió en la insurrección que dió momentáneamente el poder al humilde pescador *Masaniello*, y a la caída de éste, tuvo que emigrar a Roma, y de allí pasó a Florencia, donde con sus obras de pintura y poesía, llegó al apogeo su celebridad. Vuelto a Roma falleció en 1673; su vida aventurera dió asunto al célebre *Hoffmann*, para uno de los mejores cuentos fantásticos. El grabado que acompaña a este artículo representa un grupo de bandidos, que damos como modelo del género de composición a que *Salvator Rosa* fué mas aficionado sin duda porque se avenia mejor a su carácter escentrico y turbulento.

## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



### LOS COMBATIENTES.

Basta el nombre de estos pájaros, para conocer su carácter belicoso, y como las hembras rara vez forman

parte en las luchas, se ha creído vulgarmente que la causa de estas era el amor; lo cual sin embargo no es exacto, pues el mas leve motivo, como quitarse un poco de comida, césped etc., es suficiente para escitar su instinto belicoso. Aunque hemos dicho que las hembras no toman parte en estas peleas, son sin embargo tambien quimeris-



tas entre sí, y á veces aun mas temibles que los machos. Estos pájaros se desafían tambien con los de distintas especies cuando se hallan reunidos.

Los combatientes se acometen uno á uno ó en bandadas, y no cesa la lucha por lo regular hasta haberse derramado alguna sangre. Las hembras que se hallan cerca del lugar del combate, animan y sostienen con sus gritos el valor de los rivales, y luego que huyen los vencidos felicitan á los vencedores. Estas luchas son mas frecuentes en los meses de abril y mayo. En esta época los machos tienen una especie de collar, que les sirve á la vez de arma y de adorno, con el cual van muy engreídos; compónese de plumas largas, recias y espesas, que se ponen herizadas cuando se enfurece el pájaro, y durante el combate; se le cae regularmente á principios de junio. El color del collar, varia segun los individuos, lo mismo que su forma segun el período de su desarrollo.

Obsérvesen los combatientes cierta erupcion de papilas carnosas y sanguinolentas en gran número, que se elevan encima de la cabeza y al rededor de los ojos. La tendencia mas señalada que manifiestan los machos á acariciar á sus hembras en la primavera, coincide con su grande

desarrollo y sensibilidad de los órganos sexuales. En las demas épocas del año el macho apenas se distingue de la hembra, pues desaparecen con el collarin los tubérculos ó papilas sanguinolentas, volviéndose á cubrir la cabeza de plumas.

Los combatientes forman su nido en mayo sobre la tierra, en unos hoyuelos rodeados de cesped. Sus huevos que son muy sabrosos y buscados en muchos países, son puntiagudos, cenicientos, y llenos de manchas rojizas, particularmente en su estremidad mas obtusa: suele haber cuatro ó cinco en cada nido. Es tan variado y lindo el plumage de los combatientes, particularmente en los machos, que ha dado margen á creer y hasta designar varias especies diferentes, cuando realmente es una sola.

La carne de estos pájaros es mejor en el estío que en ninguna otra estacion; llegan á Picardia por el mes de abril, y se van en todo mayo, llevados por los vientos Sud y Sudeste á Inglaterra, donde anidan en gran número; su altura es en general de diez á doce puñadas; son comunes en Suecia, Islandia, Rusia y Siberia, y en la primavera se encuentran tambien en las costas de Holanda, Flandes y Alemania.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### GUILLERMO TELL.

(Conclusion.)

III.



El dia siguiente al en que pasaron los referidos sucesos, pidió permiso para hablar á Herman Guessler un enviado del caballero Berinquer de Landenberg, y obtenido entró y contó la aventura de Mechtal, y no pasó por alto la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado, cuando fué introducido un arquero del señor Wolfranchiess, que refirió la muerte de su amo y de que manera se habia escapado el asesino, gracias al socorro de un paisano de Burglen, pueblo de la jurisdiccion de Guessler. Este prometió que se haria justicia contra él, y apenas acababa de empeñar su palabra, cuando entró un soldado de la guarnicion de Schwanau.

Este contó que el gobernador del castillo, habia atentado contra el honor de una doncella de Art, y que habiéndole sorprendido en la caza dos hermanos de la muchacha, habianle muerto y refugiádose despues en la montaña, donde se les habia buscado inútilmente.

Levantóse entonces Guessler, y juró que si el jóven Mechtal que habia roto el brazo al escudero de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten que habia muerto al señor de Wolfranchiess en el baño, ó los dos mancebos que habian asesinado al gobernador del castillo de Schwanau caian en sus manos, serian castigados con la pena de muerte.

Obtenida esta respuesta, iban á retirarse los mensajeros; pero Guessler les pidió que antes le acompañasen hasta la plaza pública.

Así que estuvieron en ella, mandó plantar un mastil en el suelo y puso en la punta su sombrero orlado con la corona ducal de Austria. En seguida mandó pregonar á son de trompeta que cualquier noble ó villano, que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Absburg debiese descubrirse en señal de homenaje; y hecho esto, despidióse de los mensajeros, encargándoles que contasen á los que les habian enviado lo que él acababa de hacer, para que le imitasen en sus respectivos distritos.

Tres dias despues fueron á decirle que acababan de prender á un hombre por que no habia querido descubrirse ante la corona ducal. Guessler montó á caballo en seguida y se dirigió á Aldorf escoltado de sus guardias. El culpable estaba atado al mismo mastil que sostenia el sombrero del gobernador; y por su jubon de paño verde de Basilea, como tambien por la pluma de águila que llevaba en su gorra, dejábase entender que era un cazador de montaña. Llegando delante de él, mandó Guessler que le desatasen, y libre ya, sabiendo el cazador que no lo estaba aun del todo, dejó caer los brazos, y fijó los ojos en el gobernador con una indiferencia tan lejana del miedo, como de la arrogancia.

—¿Es cierto, preguntó Guessler, que te has negado á saludar el sombrero?

—Si, monseñor.

—¿Y eso por qué?

—Por que mis padres no me enseñaron á descubrirme mas que delante de Dios, de los ancianos y del emperador.

—Pero esta corona, representa el imperio.

—Os engañais, monseñor, esa corona es la de los condes de Absburg y de los duques de Austria. Ponedla, en las plazas de Lucerna, de Fiburgo, de Zoug, de Bienna y del pais de Glaris, y no hay duda que sus habitantes prestarán el homenaje que exigis, pero nosotros que recibimos del emperador Rodolfo el privilegio de nom-



brarnos jucces, de gobernarnos con nuestras leyes, y de no depender mas que del imperio: debemos respeto a todas las coronas, pero homenaje solamente a la del emperador.

—Pero al subir el trono al emperador Alberto, no ha ratificado esos privilegios concedidos por su padre.

—Pues ha hecho muy mal, monseñor, y eso es la razon porque Uri, Schwitz y Unterwald han hecho alianza entre si, empenándose con juramento á defenderse mutuamente personas, familias y bienes, con el consejo y con las armas.

—¿Y crees que lo cumplirán? dijo Guessler sonriéndose.

—Si que lo creo, respondió tranquilamente el cazador.

—¿Y querrán morir antes que quebrantar su juramento?

—Desde el primero hasta el último.

—Ya lo veremos.

—Mirad, monseñor, que vaya con cuidado el emperador Alberto, porque notiene mucha fortuna en expediciones de esta especie. Que se acuerde del sitio de Berna, cuando perdió la bandera imperial, y de Zurich donde no se atrevió á entrar á pesar de tener las puertas abiertas; no obstante estas dos ciudades no combatian por su libertad, sino por los limites de su territorio. Ya sé que se vengó en Glaris; pero Glaris era débil y fué sorprendida sin defensa mientras que nosotros estamos prevenidos y armados.

—¿Y cómo sabes tú las leyes y la historia, siendo un simple cazador como lo dice tu traje?

—Sé mis leyes, porque son la primera cosa que nuestros padres nos enseñan á respetar y defender; y sé tambien la historia, por que entiendo un poco en letras, habiendo sido educado en el convento de Nuestra Señora de las Ermitas; por eso tengo el empleo de cobrador del convento de Zurich; en cuanto á la caza no es mi ocupacion de oficio, sino de diversion como lo es para todo hombre libre.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Guillermo, mi apellido Tell.

—Oh respondió Guessler con alegría, ¿no eres tú el que socorrió á Conrado de Baumgarten y á su esposa, el día del huracán?

—Yo di paso en mi barca á un jóven y á su muger, por que los perseguian; pero no les pregunté su nombre.

—¿No eres tú el que citan como el mejor cazador de toda la Helvecia?

—A ciento cincuenta pasos quitaria una manzana de la cabeza de su propio hijo sin hacerle daño alguno, dijo una voz que salió de entre la gente que se había reunido.

—¡Dios perdona esas palabras al que las haya dicho! exclamó Guillermo, pero á buen seguro que no han salido de la boca de su padre.

—¿Tienes hijos? le preguntó Guessler.

—Cuatro, tres niños y una niña: Dios ha bendecido mi casa.

—¿Y á cuál prefieres de los cuatro?

—A todos los amo igualmente.

—Pero bien, debe haber uno por quien sea mayor tu ternura.

—Quizá por el mas niño, por que es el mas débil y tiene mas necesidad de mí, pues apenas cuenta siete años.

—¿Cómo se llama?

—Walter.

Guessler, se volvió á uno de los guardias que le habían seguido á caballo.

—Corre á Burglen, le dijo, y trae al niño Walter.

—¿Para qué, monseñor? preguntó Tell.

Guessler hizo una seña y el guardia partió á galope.

—¡Oh! vos no tendreis mas que buenas intenciones, monseñor, ¿pero qué quereis hacer de mi hijo?

—Ya lo verás, dijo Guessler volviéndose á hablar con los guardias y escuderos que le acompañaban, Guillermo

se quedó en pie en el mismo sitio en que estaba, con el sudor en la frente, los ojos fijos y los puños cerrados.

Al cabo de diez minutos, volvió el guardia con el niño sentado en el arzon delantero de la silla, y al llegar cerca de Guessler lo puso en tierra.

—Aquí está el pequeño Walter, dijo el guardia.

—Muy bien, respondió el bailio.

—¡Hijo mio! exclamó Guillermo, y el niño se arrojó en sus brazos.

—¿Por qué me has enviado á buscar, padre? dijo el niño palmoteando de alegría.

—¿Y tú madre, porqué te ha dejado venir?

—No estaba en casa: solo estábamos mis hermanos y yo. ¡Ya se han quedado bien zelosos! Han dicho que tu me amas á mí mas que á ellos.

Guillermo lanzó un suspiro y estrechó al niño contra su corazon.

Guessler contemplaba aquella escena con los ojos brillantes de gozo y ferocidad; y cuando se hubieron acariciado bien padre é hijo, dijo en alta voz:

—Atad ese niño á aquel árbol; y señaló una encina que había en el extremo opuesto de la plaza.

—¿Para qué? gritó Guillermo, estrechando á su hijo.

—Para probarte que entre mis arqueros hay alguno, que sin tener tu reputacion sabe tambien dirigir una flecha.

Guillermo abrió la boca como sino comprendiese, aunque la palidez de su cara, y las gotas de sudor que le corrian por la frente, indicasen que lo había entendido perfectamente.

Guessler hizo una seña, y los soldados se acercaron.

—Quieres que mi hijo sirva de blanco, para probar la destreza de tus soldados. ¡Oh! no lo pruebes, gobernador, Dios no lo permitirá.

—Luego lo veremos, respondió Guessler, y repitió la órden.

—Los ojos de Guillermo se inflamaron como los de un leon; miró si podia escaparse, pero estaba rodeado por todas partes.

—¡Verdugos! ¡Verdugos! ¡Verdugos! gritó Guillermo rechamando los dientes.

—Vamos, acabemos, dijo Guessler.

Los soldados se le arrojaron encima y le arrancaron el niño; Guillermo se echó de rodillas á los pies de Guessler y juntando las manos, decia:

—Monseñor, yo soy el que os he ofendido, castigadme á mí; monseñor, castigadme, matadme á mí si quereis; pero devolved ese niño á su madre.

—Yo no quiero que te maten, gritaba el niño debatiéndose en brazos de los arqueros.

—Monseñor, mi muger y mis hijos saldrán de Helvecia, y os dejarán, casa, tierras y ganados, se irán á mendigar de pueblo en pueblo y de casa en casa, pero por el amor de Dios, dejad libre á mi hijo.

—Un medio tienes para salvarlo, Guillermo, dijo Guessler.

—¿Cual es? preguntó el angustiado padre ¿Cual es? decidlo, decidlo, luego, y si lo que me pedis está al alcance humano, yo lo haré.

—No te pediré cosa alguna que tú no seas capaz de hacer, segun es fama. Hace poco que ha dicho alguno, que tu destreza en el tiro, es tal, que á ciento cincuenta pasos de distancia, quitarias una manzana de la cabeza de tu hijo sin causarle lesion alguna.

—Maldita debe de ser la voz que tal dijo. Yo creí que nadie la había oido mas que Dios y yo.

—Pues bien, Guillermo, continuó Guessler, si quieres darme esa prueba de habilidad yo te perdono por no haberte descubierto ante el sombrero en contravencion de mis órdenes.

—Esto es imposible, caballero, es imposible, esto seria tentar á Dios.



—Entonces voy á buscar algun arquero que tenga menos miedo que tú.—Atad al niño.

—Esperad, monseñor, pues aunque sea una cosa bien terrible, bien cruel, bien infame, lo reflexionaré.

—Cinco minutos te quedan.

—A lo menos entre tanto volvedme á mi hijo.

—Soltad á ese muchacho.

Soltáronle y fuese corriendo hácia su padre.

—¿Conque nos han perdonado, no es verdad, padre? y la pobre criatura se enjugaba los ojos con sus manos riendo y llorando al mismo tiempo.

—¿Cómo perdonado? ¿Sabes tú lo que quieren ahora? ¡Oh Dios mío! ¿cómo es posible que ese hombre haya concebido tal pensamiento! Ahora quieren.... quieren hijo mío, que á ciento cincuenta pasos te quite una manzana de la cabeza con una flecha.

—¿Y por qué no lo haces? preguntó el niño sencillamente.

—¿Por qué? ¿y si no acierto? y si la flecha te toca?

—¡Oh! ya sabes tú que no hay que temer, respondió el niño sonriendo.

—¿Guillermo! gritó Guessler.

—Aguardaos, monseñor, esperad un poco, que aun no han pasado los cinco minutos.

—Te engañas por que el tiempo ha pasado ya. Vamos, cidete.

El niño animó á su padre con una seña.

—Bueno, pues, exclamó Guillermo á media voz.... ¡Oh no, nunca, nunca!

—Volved á coger el niño, dijo Guessler á los soldados.

—Ya quiere mi padre, ya quiere; y escapándose de los brazos de su padre dirigióse corriendo al árbol.

Guillermo se quedó anonadado, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Dadle un arco y flechas, dijo Guessler.

—Yo no soy arquero, respondió Guillermo saliendo de su entorpecimiento; yo no soy arquero sino ballestero.

—Es verdad, es verdad, gritó la gente.

Guessler se volvió entonces á los soldados que habian detenido á Guillermo como para preguntarles alguna cosa.

—Si, si, dijeron ellos, traia ballesta y flechas.

—¿Y en dónde estan?

—Se las hemos quitado al prenderlo.

—Volvédselas pues.—Y así se hizo.

—Ahora traed una manzana añadió Guessler.—Y habiéndole presentado un cesto lleno escogió una.

—¡Oh esa no! gritó Guillermo, esa no, á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podria verla. No teneis piedad si la cogeis tan pequeña.

Dejóla Guessler, y tomó otra un poco mas gruesa.



—Vamos Guillermo, no quiero que te quejes, díjole el baillo, ¿qué te parece de esta?

Guillermo la tomó, miróla suspirando y la devolvió.

—Vamos estamos convenidos; ahora midamos la distancia.

—¡Un momento! ¡un momento! gritó Guillermo, la distancia debe ser leal, monseñor, y los pasos de dos pies y medio nada mas, esta es la medida en los tiros y desafíos; ¿no es verdad, señores arqueros?

—Sea como tú quieras. Y se contaron ciento cincuenta pasos de dos pies y medio.

Guillermo, siguiendo al medidor, midió el mismo tres

veces la distancia, y viendo que se habia hecho lealmente, volvióse al sitio donde tenia la ballesta.

—Nada mas que una flecha, gritó Guessler.

—Dejádmela escoger al menos, por que no es cosa de poca importancia la eleccion de la flecha, ¿no es verdad señores arqueros, que las hay que tuercen el camino, ya por que el hierro es muy pesado, ya por que la varilla tiene algun nudo, ya por que han sido mal emplumadas?

—Es cierto, dijeron los arqueros.

—Bueno, pues; escógela, repuso Guessler; pero no tomes mas que una.





—¡Si, si, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, nada mas que una!..

Guillermo examinó las flechas con el mas prolijo cuidado, tomolas y las dejó unas tras otras, probolas en la ballesta para ver si entraban bien en el encaje, púsolas en equilibrio sobre un dedo para ver si el hierro pesaba sobrado ó bastante, y cuando hubo hallado una que reunia todas las cualidades necesarias, aun siguió buscando, solo con el objeto de ganar tiempo.

—¿Y bien qué hacemos? dijo Guessler con impaciencia.

—Dejadme el tiempo de rogar á Dios, dijo Guillermo.

—¿Eso tambien?

—Ya que no he podido hallar piedad en los hombres, á lo menos pediré misericordia á Dios. Esto no se niega ni aun á los que suben al cadalso.

—Ea, pues, reza.

Arrodillóse Guillermo, y pareció absorto en su oracion, en tanto ataban el niño al árbol: quisiéronle vendar los ojos, pero él lo rehusó.

—¿Cómo dijo Guillermo, interrumpiendo su plegaria, ¿no le vendais los ojos?

—Dice que quiere veros, gritaron los arqueros.

—Yo no quiero, exclamó Guillermo, yo no quiero, no tiro, porque puede hacer algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataria á mi hijo. Walter, déjate vendar los ojos, mira, te lo pido de rodillas.

—Que me los venden, respondió el niño.

—Gracias, repuso Guillermo, enjugándose la frente, gracias, eres un buen muchacho.

—Animo, gritó Walter, ánimo padre.

—Si, si, respondió este, doblando una rodilla y armando la ballesta. Monseñor, dijo, volviéndose á Guessler, aun es tiempo, evitadme un crimen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto lo habeis hecho para castigarme, para probarme, y que ahora que veis cuanto he sufrido, me perdonais. ¿No es así, monseñor? En nombre del cielo, en nombre de la Virgen ¡gracia! ¡perdon!

—Vamos, pronto, dijo el gobernador y no me causes mas. ¿No eres buen cazador? pues danos una muestra de tu destreza.

—¿Dios mio! tened piedad de mí, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo.

Entonces cogiendo la ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó ligeramente el extremo delantero del arma, y cuando llegó á la altura regular, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja en el árbol agitada por el viento, se quedó inmóvil, cual una estatua de marmol. No se oía un soplo, las respiraciones se habian suspendido, y todos los ojos estaban fijos. Salió el tiro y resonó un grito general de alegría; la manzana estaba clavada á la encina, y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vaciló, dejó caer la ballesta y dió consigo en tierra.

Cuando Guillermo volvió en sí; hallábase en brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volviósse al baillo cuyos ojos brillaban de cólera.

—¿He hecho lo que queriais? preguntó Guillermo.

—Si, respondió Guessler, eres un valiente arquero, y te perdono como te prometí, tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar entre los dos. Tu socorriste á Conrado de Baumgarten; que es homicida y asesino, y debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en su derredor como si hubiese perdido el juicio.

—Arqueros, llevad ese hombre á la carcel, pues para castigar el asesinato y la traicion, se necesita un proceso en forma.

—¡Oh! bien debe haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo, y se dejó conducir al calabozo.

El niño Walter, fué devuelto á su madre.

## IV.

La noticia de lo que acababa de suceder, se divulgó en seguida, por todos los pueblos de las cercanias, y causó grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, por que la dulzura de su caracter, sus virtudes domésticas, y su desinteresado proceder en los agenos infortunios, le habian grangeado la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su extraordinaria destreza le valia una sencilla admiracion, por la cual se le miraba como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos, obligados á alimentarse con el fruto de su habilidad y á defenderse con la propia fuerza, estas dos cualidades son las que mas distinguen al hombre y las que le elevan al rango de semidios. Hércules, Teseo, Castor y Polux, no tuvieron otra escalera para llegar al cielo.

A la media noche dieron cuenta á Guessler, de que estaba próxima á estallar una rebelion. Guessler pensó que el mejor medio de frustrarla, era sacar del distrito de Uri á Guillermo, y conducirlo á una ciudadela de los duques de Austria, situada al pié del monte Righi, entre Kussnach y Weggis, y creyendo que el viage seria mas seguro embarcándose que no por tierra, mandó preparar una barca, y una hora antes de amanecer, mandó conducir á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros formaban toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Huelen, lugar del embarque, encontró ya cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de pies y manos, estaba echado en el fondo del barco; junto á él, y como prueba de conviccion estaba el arma terrible que como instrumento de su sin igual destreza despertara tantos temores en el corazon del baillo. Los arqueros sentados en los ultimos bancos le custodiaban; dos marineros cerca del pequeño mástil estaban prontos á izar, y el que hacia de piloto, esperaba en la orilla que llegase el gobernador.

—¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.

—Por ahora se presenta favorable.

—¿Y el cielo?

—Nos promete un dia magnífico.

—Partamos pues, sin perder tiempo.

—En seguida.

Guessler tomó asiento en la popa del barco, los marineros desplegaron la vela, y el barco empezó á deslizarse por el espejo del lago, gracioso y ligero cual un cisne.

El gobernador abismábase en reflexiones, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los marineros, obedeciendo con repugnancia, ejecutaban tristemente las maniobras que les dictaba el piloto. De repente cruzó el espacio una luz meteórica, que destacándose del cielo pareció precipitarse en el lago. Los dos marineros se miraron uno á otro, y el piloto que llevaba el timon se santiguó devotamente.

—¿Que es eso, patron? preguntó Guessler.

—Nada, por ahora nada; pero hay quien cree que una estrella que cae del cielo, es un aviso que nos dá el alma de una persona que nos fué querida.

—¿Y ese aviso es de buen agüero?

—¡Jum! El cielo comunmente, no suele darnos presagios felices, por que la felicidad, es siempre bien acogida.

—¿Con qué esa estrella es un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando acontece tal cosa al tiempo de embarcarse, vale mas quedarse en tierra.

—Si, pero cuando es muy urgente continuar la ruta....

—En tal caso no hay mas que hacer, sino confiar en la paz de la conciencia, y poner la vida en manos de Dios.

A estas palabras sucedió un profundo silencio, y la



barca siguió volando por el lago como si tuviese las alas de una ave acuática. Al cabo de poco tiempo, mostróse evidentemente el cambio de la atmósfera: a medida que se acercaba la mañana palidecían las estrellas, no en medio de una luz mas clara como suelen de costumbre, sino como si una mano invisible hubiera tirado por cima de ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Poco antes de la aurora, calmó el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitate la menor brisa, se removió como si fuese a hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.

Los dos marineros se pusieron á maniobrar, pero antes de cumplir la orden del piloto, se adelantaron algunas pequeñas olas coronadas de espuma, que llegando rápidamente de Brunnen, parecían salir al encuentro de la barca.

—¡El viento! el viento! gritó el piloto, arriad en banda.

Pero fuese por la torpeza de los marineros, ó bien que algun nudo mal hecho impidiese la ejecucion de la maniobra, el viento estaba sobre la embarcacion, antes de estar arriadas las velas. Sorprendida la navicilla, tembló como un caballo que siente rugir á un leon, luego así tambien como el caballo, pareció encabritarse, hasta que volviéndose por sí misma, como si quisiera esquivar las fuerzas de tan terrible enemigo, presentó el flanco á su contrario. La vela que poco antes estaba incierta, se hinchó como si quisiese abrirse, y poco faltó para que la barca zozobrase. En tan critico momento el piloto cortó con su cuchillo el cordage que sustentaba la vela, que flotó un momento como un pabellon izado en la punta de un mastil; y rompiendo por último todo estorbo, echóse á volar como un pájaro sobre las ráfagas del viento, y la barca se levantó tranquilamente recobrando su equilibrio. Entonces empezó á rayar el día.

—¡Camarada! dijo Guessler, el presagio no mentía, y en verdad que se ha cumplido pronto.

—Si, si, la boca de Dios no miente como la de los hombres....

—¿Crees que no habrá mas que esa borrasquilla, ó pensais que este golpe de viento es solamente el precursor de una tempestad mas terrible?

—A veces sucede que los espíritus del aire y de las aguas, aprovechan la ausencia del sol para dar estas fiestas sin el permiso del Señor, y en tales casos al rayar el día, callan y se apaciguan los vientos y se van á donde huyen las tinieblas. Pero por lo comun, es la voz de Dios la que hace soplar á las tempestades, y es preciso que se cumpla su voluntad por entero.

—Mas tú no debes olvidar que tu vida corre tanto riesgo como la mia.

—Si, monseñor, ya sé que todos somos iguales ante la muerte, pero Dios es omnipotente y salva ó castiga á los que quiere salvar ó castigar. El fué el que dijo al apóstol que anduviese por las olas, y el apóstol caminó como por la tierra: ese mismo prisionero que llevais tan agarrotado, está mas seguro de su salvacion si está en gracia del Señor, que cualquier hombre libre maldito por el cielo. Rema un poco Frantz, rema un poco, para que podamos presentar la proa al viento; por que segun veo aun no estamos libres. ¡Ya vuelve, ya vuelve!

En efecto, levantábanse olas mas grandes y espumosas que las primeras, y aun que la barca huía el cuerpo al viento que venia detrás de ellas, hizola saltar sin embargo, lo mismo que aquellas piedrecillas que los muchachos hacen correr por la superficie del agua.

—Si el viento nos es contrario para ir á Brunnen, lo tendremos favorable para volvernos á Altorf, dijo Guessler comprendiendo ya el riesgo que corría.

—Si, si, ya lo he pensado, respondió el piloto; y por eso he mirado tantas veces para ese lado. Mirad el tiempo monseñor; esas nubes que vienen del San Gotardo, y siguen el curso de Reuss, traen un viento contrario al que levanta

esas olas, y antes de pocos minutos chocaran uno contra otro.

—¿Y entonces?

—Entonces será preciso que Dios piense en nosotros, ó que nosotros pensemos en Dios.

Poco tardó en cumplirse la profecía del piloto, y los dos vientos se encontraron; lució un relámpago, y el estampido del trueno dió la señal del combate. Tampoco tardó el lago en tomar parte en la revuelta de los elementos; sus olas impelidas y repelidas por vientos contrarios, se hincharon como si las hiciese hervir un volcan submarino, y llevaban la barquilla como si no pesase mas que un copo de espuma de los que ellas hacían.

—Estamos perdidos, gritó el piloto, los que no están ocupados en la maniobra que se encomiendan á Dios. Diciendo esto, rompióse en el barquichuelo una ola furiosa que le cubrió y dejó un palmo de agua en él.

—Agua fuera, señores arqueros, gritó el piloto, pronto, pronto, que otra ola nos hara ir á fondo. Aunque la muerte es segura bueno es que luchemos contra ella.

—¡Ah! ¿No veis ningun medio para salvarnos? no te queda ya esperanza? dijo Guessler.

—La esperanza nunca falta, monseñor, por que la misericordia divina, vale mas que todo el poder del hombre.

—¿Cómo tomaste sobre ti semejante responsabilidad, no sabes mejor tu oficio gran pícaro?

—En cuanto á mí oficio, monseñor, hace cuarenta años que lo ejerzo, y acaso no hay en toda Helvecia mas que un piloto mejor que yo.

—Entonces ¿por qué diablos no está aqui para ocupar tu lugar?....

—Aqui está, monseñor, dijo el piloto.

Guessler le miró con la mayor estrañeza.

—Mandad que desaten á ese prisionero, pues si un hombre puede salvarnos la vida en este trance, sin duda alguna es él.

Guessler hizo un gesto de consentimiento, y una ligera sonrisa de triunfo pasó por los labios de Guillermo.

—¿Has oido? le dijo el viejo marinero, en tanto que con un cuchillo le cortaba las ataduras.

Guillermo manifestó que sí, alargó los brazos como quien recobra la libertad, y fué á sentarse junto al timon donde estaba el piloto, que dispuesto á obedecer, se reunió á los otros dos marineros.

—¿Tienes otra vela Rudenz? preguntó Tell.

—Si, ¿pero de qué nos puede servir ahora?

—Si la tienes, sácala para izarla en seguida.

—Rudenz le miró con la mayor estrañeza.

—Vosotros al remo, continuó Guillermo volviéndose á los marineros, y cuando yo os lo diga, remad. Al mismo tiempo empujó el timon, y sorprendida la barca por aquella maniobra, vaciló un momento, y luego como un caballo que reconoce la maestría de su jinete, dió una rápida vuelta. Remad, gritó Guillermo á los marineros; y encorvándose estos sobre los remos hicieron seguir al barco la direccion tomada, á pesar de las olas.

—¡Bien! ¡bien! murmuró el viejo Rudenz, ya ha reconocido á su amo y le obedece.

—Es decir, que ya estamos salvos ¡esclamó Guessler!

—¡Jum! ¡jum! respondió Rudenz fijando los ojos en los de Tell, todavía no, pero á lo menos estamos en buen camino, porque ya adivino lo que Guillermo quiere hacer. Esto es, ¡Guillermo! tienes razon. Entre las dos montañas de la orilla derecha debe haber una corriente de aire, que si llegamos á cogerla nos pondrá á la otra parte en diez minutos. Has acertado; porque sería la primera vez que hubiese una tempestad así en el lago, sin que tomase su parte el viento de Oeste; ahí lo tienes, ya silba como si fuese el rey del lago.

Guillermo se volvió en efecto hacia el punto que el viejo señalaba, en donde un valle separaba dos montes, saliendo por la calzada una corriente de aire que soplabá



con violencia y formaba una especie de camino por el lago. Entró en aquella senda líquida el barco, y volviendo la popa al viento, paráronse los remos y los marineros se dispusieron á izar. Desplegada que estuvo la vela, la barca comenzó á virar con rapidez hacia la base del Axemberg.

Al cabo de dos minutos, así como había anunciado Rudenz y antes que Guessler y los soldados hubiesen vuelto de su atónita admiración, ya tocaban la orilla del lago. Entonces Tell mandó arriar la vela, y como si se bajase para amarrar alguna cuerda; puso la mano izquierda en la ballesta, volvió con la derecha el timón, la barca viró en seguida, y Guillermo saltó ligero como un gamo sobre una roca que salía á flor de agua, mientras que cediendo la barca al impulso que le había dado su salto, se volvía hacia atrás. Con otro salto llegó Guillermo á tierra, y antes que Guessler ó sus arqueros hubiesen podido dar un grito ya había desaparecido en el bosque.

Pasada la sorpresa que había causado la huida de Guillermo, el baillío mandó desembarcar y fué cosa fácil de hacer, pues con la ayuda de los remos llegaron pronto á la orilla, saltó á tierra un marinero, y amarrando una cadena se verificó el desembarco sin desgracia alguna á pesar de las olas aun embravecidas. En seguida fué enviado un soldado á Altorf con orden de mandar caballos y gente á Brunnen, en donde Guessler pensaba detenerse.

Así que estuvo en el pueblo el gobernador, mandó pregonar á son de trompeta, que se darían cincuenta marcos de plata al que entregase á Guillermo, quedando libre de impuestos él y sus hijos hasta la tercera generación, recompensa que prometió también por Conrado de Baumgarten.

Al medio día llegaron los caballos, y Guessler sediento de venganza partió en seguida hacia Art, donde quería también tomar fuertes medidas contra los asesinos del gobernador de Schwanau. A las tres salía ya de este pueblo, y siguiendo las orillas del lago de Zoug, llegó á Immensa, que atravesó sin detenerse ni un instante para seguir el camino de Kussnach. Estos sucesos que acabamos de referir ocurrieron un día frío y nebuloso del mes de noviembre (el diez y nueve), y ya llegaba á su fin, cuando Guessler ansioso de llegar por la noche á la fortaleza, espoleaba su caballo que aceleraba mas y mas su paso por el sinuoso camino de Kussnach. Por un momento detuvo un poco la marcha, llamó á su escudero que le seguía detrás, pero un poco mas adelante que los soldados, y así anduvieron un buen trecho sin decir nada, hasta que volviéndose Guessler hacia él le miró como si hubiese querido leer en el fondo de su alma, y le dijo.

—Niklaus, ¿me eres bien afecto y fiel?

El escudero se estremeció.

—¿Respóndeme! continuó Guessler, ¿qué es esto?

—Perdonad monseñor; pero esperaba tan poco esa pregunta....

—¿Qué, no sabes que respuesta dar; ¿no es verdad? Bueno, pues, toma tiempo y reflexiona, por que quiero una respuesta bien meditada.

—No, os la haré esperar, monseñor: salvos mis deberes con Dios y el emperador; estoy pronto á cumplir lo que gasteis mandarme.

—¿Estas pronto?

—Sí, monseñor.

—Esta noche irás á Altorf, tomarás cuatro hombres, con los cuales debes ir á Burglen, y hasta llegar allí no les dirás lo que han de hacer.

—¿Y qué es lo que han de hacer, monseñor?

—Prender á la muger de Guillermo y á sus cuatro hijos, y así que esten en tu poder, enviarlos á la fortaleza de Kussnach, en donde estaré yo ya. Una vez puestos allí....

—Ya entiendo, monseñor.

—Fuerza será que Tell se presente por si mismo, por

que cada semana de retardo costará la vida á uno de sus hijos, y la última la de su muger.

Aun no había acabado Guessler de pronunciar la última palabra, cuando arrojando un alarido, soltando las bridas, y alargando los brazos, se cayó del caballo: el escudero echó pié á tierra para socorrerle; pero en vano, pues tenía el corazón pasado con una flecha.

Era la que Guillermo se había ocultado en el seno, en la plaza pública de Altorf, cuando hubo de tirar á la manzana puesta sobre la cabeza de su hijo.

En la noche del domingo al lunes de la siguiente semana, juntáronse en el Grutli los conjurados, porque la muerte de Guessler, requería una reunión extraordinaria. Algunos de ellos, opinaron que debía adelantarse el día de la libertad, entre los cuales, se contaban Mechtal y Conrado de Baumgarten. Sin embargo, Walter Furts, y Werner Stauffacher se opusieron, diciendo que el caballero de Landenberg estaría sin duda prevenido, y precipitando la empresa se haría mucho mas azarosa, mientras que permaneciendo el país tranquilo á pesar de la muerte de Guessler, se atribuiría la desventura de éste á alguna venganza particular y nadie se ocuparía mas que en buscar al homicida.

—Pero entretanto ¿qué será de Guillermo? exclamó Conrado, ¿qué hará su familia? Guillermo me salvó la vida y jamás se dirá que yo lo abandono....

—Guillermo y su familia no corren riesgo alguno, dijo entonces uno de los conjurados.

—En tal caso no tengo nada que decir.... respondió Conrado.

Ahora continuemos nuestro plan.

—Si los ancianos me permiten hablar, dijo adelantándose un joven del alto Unterwalden llamado Zagheli, propondré una cosa....

—¿Qué cosa es? preguntaron los ancianos.

—Que yo me encargo de sorprender y tomar el castillo de Rossberg.

—¿Y cuantos hombres necesitais?

—Cuarenta.

—Olvidas que ese castillo, es uno de los mas fortificados de la comarca.

—Tengo medios para tomarlo.

—¿Cuales son?

—No puedo deciros.

—¿Estás seguro de hallar los cuarenta hombres que necesitas?

—Sí lo estoy.

—Entonces bien, admitimos tus ofrecimientos. Dicho esto Zagheli, volvió á confundirse con sus compañeros.

—Si se tiene confianza en mí, dijo entonces Stauffacher, yo me encargo del castillo de Schwanau.

—Y yo, añadió Walter Furst, tomaré la fortaleza de Uri.

Estas dos últimas proposiciones fueron acogidas con unánime satisfacción, y todos los conjurados prometieron que durante las cinco semanas que debían pasar todavía, reclutarían soldados entre sus amigos mas decididos, y antes de separarse adoptaron las banderas, bajo las cuales debían combatir. Uri escogió para la suya, una cabeza de toro con anillo roto, en memoria del yugo que iban á romper; Schwitz una cruz, en memoria de la pasión de Nuestro señor Jesucristo, y Unterwalden dos llaves en honra y gloria de San Pedro, que era muy venerado en Sarnen.

Así como lo habían previsto los viejos conjurados: la muerte de Guessler fué considerada como fruto de una venganza particular.

Viendo la inutilidad de las pesquisas, fué calmando el furor de los enemigos de Guillermo, y todo quedó en tranquilidad en los tres cantones hasta el día en que debía estallar la revolución.

El 31 de diciembre, el gobernador del castillo de



Rossberg recorrió por sí mismo según tenía de costumbre las guardias, colocó los centinelas, dió el santo y seña, y mandó tocar á la queda. A poco pareció que el castillo se dormía también como la gente que en él había, desaparecieron las luces de una en una, fué disminuyendo todo ruido, y únicamente los centinelas colocados en los adarves de las torres, interrumpían aquel silencio con el ruido de sus pasos y con los gritos de alerta repetidos de cuarto en cuarto de hora.

Sin embargo, á pesar de aquel aparente silencio, abrióse con precaución una ventanita que daba á los fosos del castillo, y asomó la tímida cabeza de una joven de diez y ocho años, que procuraba divisar alguna cosa en los fosos, y no viendo sin duda lo que buscaba, salió de sus labios el nombre de Zagheli. Pero fué pronunciado tan despacio, que cualquiera lo hubiese podido equivocar con un suspiro de la brisa, ó con un murmullo de algún arroyuelo. Sin embargo, no faltó quien lo oyera, y una voz mas fuerte y atrevida, respondió con otro nombre que fué el de Anneli.

La joven se mantuvo inmóvil con la mano sobre el pecho como para ahogar los latidos, y la nueva voz repitió Anneli otra vez.

—Si, si, murmuró ella inclinándose hacia el lugar desde donde parecía hablarle el espíritu de la noche, si, amor mío.... pero perdóname.... tengo tanto miedo.

—¿Y de qué lo puedes tener? Todo duerme en el castillo, excepto los centinelas que están en lo alto de las torres.... yo no puedo verte y apenas te oigo, ¿cómo quieres, pues, que ellos nos oigan y nos vean?

La joven no respondió pero dejó caer alguna cosa. Era una cuerda, á cuyo cabo ató Zagheli una escala, que Anneli afianzó en un barrón de la ventana. Un instante después entraba el joven en el cuarto y como Anneli quisiese retirar la escalera de cuerda, la dijo su amante:

—Espera, amada mía, espera un poco, por que todavía necesito esa escalera; sobre todo, no te espantes de lo que vas á ver; por que tu mas ligera espresion, tu menor grito, sería mi muerte.

—¿Pero qué sucede?... en nombre del cielo.... ¡Ah! ¡estamos perdidos!... ¡mira.... mira!... y le enseñaba á un hombre que subía por la ventana.

—No, no, Anneli, no estamos perdidos, los que suben son amigos míos.

—¿Pero tú me deshonras! exclamó la joven, ocultando su cabeza entre las manos.

—Al contrario, Anneli, esos serán los testigos del juramento que voy á hacerte, de que seré tu esposo así que la patria esté libre.

La atónita doncella se echó en los brazos de su amante, mientras subieron uno tras otro veinte jóvenes; en seguida Zagheli retiró la escalera, cerró la ventana y distribuyó á su gente por el interior del castillo. La guarnición estaba durmiendo, no opuso resistencia alguna; los conjurados encerraron á los alemanes en la misma cárcel del castillo, vistieron sus mismos trages, y siguió flotando la bandera de Alberto, en las almenas de la fortaleza, que el día siguiente abrió las puertas á la hora de costumbre.

A medio día, el centinela de la torre mas alta, vió llegar á escape algunos caballos. Entonces se pusieron á la puerta dos conjurados, y los otros se alinearon en el patio; á poco rató pasó el caballero de Landemberg por el puente levadizo, que volvió á levantarse en seguida: y aquel quedó preso lo mismo que la guarnición.

El plan de Zagheli habia salido completamente bien. Hemos visto que de los cuarenta hombres que pidió, veinte escalaron el castillo, y los otros veinte, tomaron el camino de Sarnen.

En el instante que el señor de Landemberg salía del castillo real de Sarnen para ir á misa, presentaronse aquellos veinte hombres ofreciéndole regalos de costum-

bre, corderos, cabras y gallinas. El gobernador les hizo entrar en el castillo, y prosiguió su camino; pero así que aquellos estuvieron dentro sacaron chuzos que llevaban escondidos, caláronlos en las puntas de sus palos, y se apoderaron del castillo. Entonces uno de ellos subió á la plataforma, é hizo oír por tres veces el prolongado sonido de la trompa montañesa. Esta era la señal convenida, y empezaron á oírse por las calles los gritos y el estrépito de la sublevación. Acudióse en seguida á la iglesia para apoderarse del caballero de Landemberg, pero prevenido á tiempo, tuvo para montar á caballo y escaparse hacia la fortaleza de Rossberg. Esto era lo que habia previsto Zagheli.

En lo restante del día, se tuvieron con el bailio imperial, las mayores consideraciones, y se le guardó el mas alto respeto. Por la noche quiso subir á la plataforma del castillo para tomar el aire y Zagheli le acompañó. Descubriase desde allí todo el país, que el día anterior estaba sometido á su jurisdicción, y apartando la vista de la bandera en que las llaves de Unterwald habian reemplazado al águila de Austria, fijóla hacia Sarnen, y quedóse inmóvil y pensativo.

Pensativo é inmóvil estaba también Zagheli, en otro ángulo del parapeto, fijó los ojos en otra parte; pero de aquellos dos hombres, el uno esperaba socorro en la tiranía, y el otro refuerzo para la libertad.

Momentos después, brilló una llamarada en la cumbre del Aremberg, y Zagheli lanzó un grito de alegría.

—¿Qué significa esa llama? preguntó el preso.

—Es una señal.

—¿De qué?

—De que Walter, Furts y Guillermo Tell, han tomado el castillo de Urijoch.

Los gritos de alegría que resonaron en seguida por toda la fortaleza, confirmaron lo que Zagheli acababa de decir.

—¿Es decir que los Alpes se han convertido en volcanes? exclamó el bailio viendo que Righi se inflamaba también.

—Si, si, respondió Zagheli saltando de gozo, también el Righi enarbola la bandera de libertad.

—¿Cómo! ¿qué es eso otra señal?

—Si, Werner Stauffacher y Mechthal se han apoderado del castillo de Schwanau. Volveos ahora hacia esa otra parte señor de Landemberg.

Este lanzó un grito de sorpresa viendo que el Pilatos se coronaba á su vez con una diadema de fuego.

—Esto continuó Zagheli, anuncia á los de Uri y de Schwitz, que sus hermanos de Unterwalden van en zaga, y que han tomado ya el castillo de Rossberg, y hecho prisionero á su dueño.

De nuevo volvieron á resonar por la fortaleza mayores aclamaciones de alegría.

—¿Y qué pensais hacer de mí? preguntó el bailio dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Pensamos haceros jurar que jamás volveréis á entrar en las jurisdicciones de Schwitz, de Uri y de Unterwalden, que nunca hareis armas contra los confederados, que de ningún modo escitareis al emperador á que nos haga la guerra, y cuando hayas jurado todo esto, sereis libre de ir á donde os plazca.

La fortuna socorrió á los confederados. El primero de enero de 1508, empezó para la Helvecia la nueva era de su libertad, y el 15 del mismo mes, aun antes de que llegase á oídos del emperador, la noticia de la insurrección, supo ya la derrota de su ejército en Hurringen. En consecuencia, marchó él mismo á la cabeza de un poderoso ejército á sujetar á los rebeldes, mas el primero de marzo, fué traicionadamente asesinado á orillas del Reuss por su sobrino Juan de Suevia, á quien habia rehusado entregar la herencia de sus padres. Alberto mal herido



quedó abandonado revolcándose en su sangre, y una pobre mujer que á la sazón pasaba por allí, fue á socorrerle, y el gefe del imperio murió entre los brazos de una mendiga que le enjugaba la sangre con harapos.

El duque Leopoldo de Austria, hijo de Alberto, marchó contra Schwitz con gruesas fuerzas, llevando consigo cargas de cuerdas para ahorcar á los rebeldes.

Estos se reunieron en número de 1500, y el 15 de noviembre en la vertiente de la montaña del Sattel lo derrotaron completamente. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de unos pobres pastores y miserables villanos y sirvió para abonar aquella noble tierra de libertad.

La batalla tomó el espresivo nombre *Morgenstern* por que empezó á la luz de la estrella de la mañana.

Así se hicieron célebres los naturales de Schwitz, y desde entonces llamaronse suizos los confederados, por la palabra *Schwicer*, que significa natural de Schwitz. Esta villa, Uri, y Unterwalden fueron el centro á cuyo der-

redor se agruparon poco á poco los demás cantones, que por el tratado de 1813, llegaron á veinte y dos.

En cuanto á Guillermo Tell, que aunque involuntariamente tomó una parte tan activa en aquella revolución, después de hallarle otra vez en el campo de batalla de Lampen, en donde combatió como simple ballestero, con 700 hombres de los pequeños cantones, de nuevo se le pierde de vista, para no hallarlo ya hasta la hora de su muerte, que acaeció en la primavera de 1345. Al retirarse las nieves del invierno, creció mucho el Schachen, y se llevó una pequeña casa. Entre otras cosas vio Guillermo flotar una cuna y oyó los gritos de un niño; arrojóse al agua, en seguida alcanzó la cuna y llevóla á la orilla; pero cuando él iba á salir perdió el sentido al choque de un madero y hundióse. Hay hombres elegidos, cuya muerte corona su vida.

A. DEMAS.

## VIAGES. — SUIZA.



LOS LUCHADORES EN LA FIESTA DE UNSPUNNEN.